

El Ruedo





Un par de fuego



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

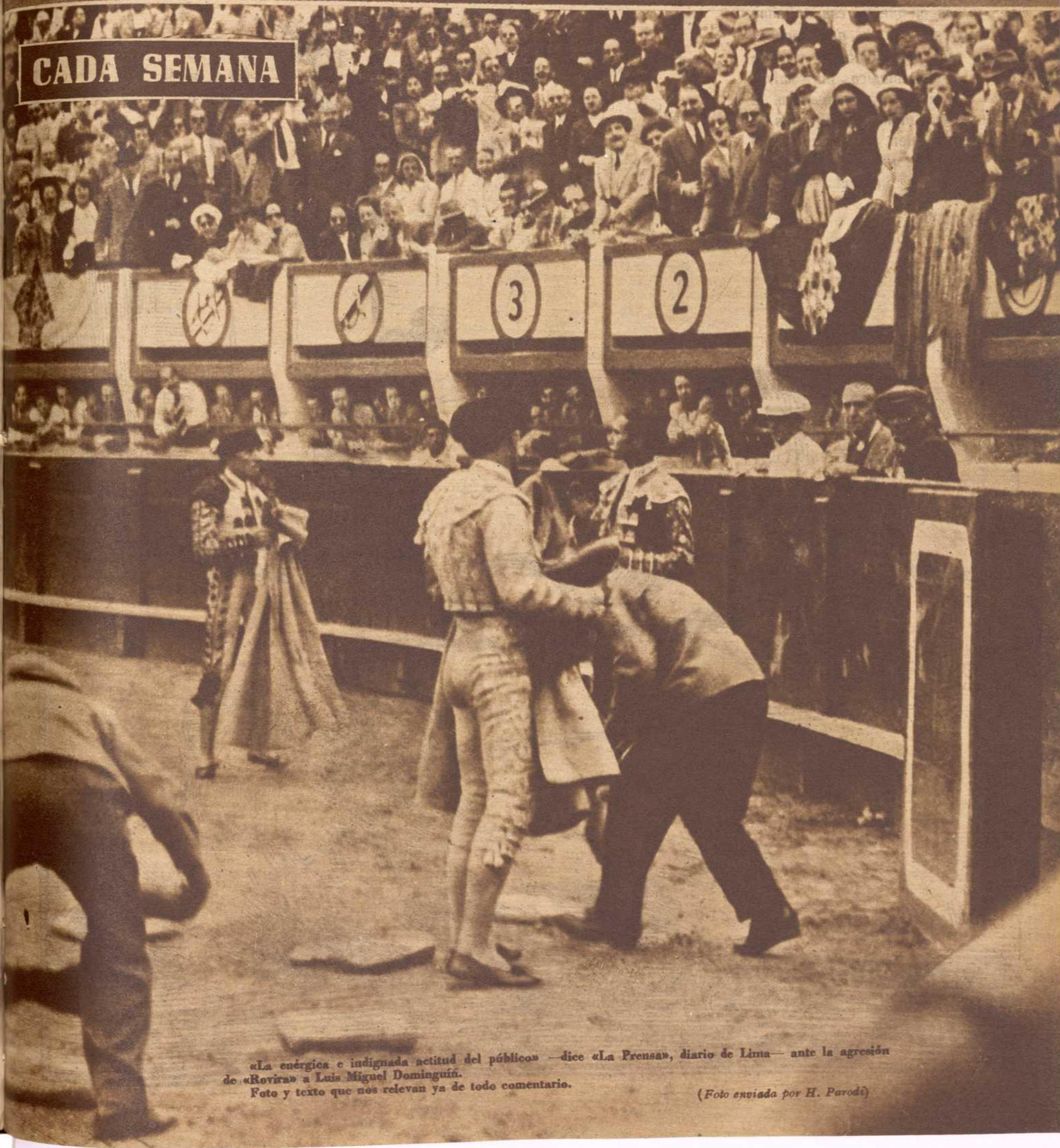
Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Hermosilla, 73.—Teléfs. 25 61 64-65

Director: MANUEL CASANOVA

Año VI - Madrid, 17 de noviembre de 1949 - N.º 282

CADA SEMANA



«La enérgica e indignada actitud del público» —dice «La Prensa», diario de Lima— ante la agresión de «Rovira» a Luis Miguel Dominguín.
Foto y texto que nos relevan ya de todo comentario.

(Foto enviada por H. Parodi)

AYER Y HOY

por Antonio Casero

Una vara suele utilizarse casi siempre para pegar: menos en nuestra españolísima Fiesta, en la que muchas veces se ennoblece y sirve - varita mágica - para salvar la vida a un compañero. El torero-monosabio Barajas lo tiene bien demostrado... ¡¡El quite; qué español y qué bonito!!...



ANTONIO CASERO



«Navajero» dejándose acariciar en el campo

Otra muestra de docilidad de «Navajero»



Detalles de la pasada temporada "NAVAJERO", o un caso des- concertante

HABLANDO, en cierta ocasión, el opulento ganadero don Félix Urcola con un competente y también desaparecido escritor taurino de Barcelona, acerca de las dificultades que entrañaba la producción del toro de lidia, y sobre las continuas equivocaciones sufridas por los criadores, aquél hubo de exponer su criterio con estas ciertas frases que, hasta ahora, nadie ha podido rectificar: «En esto del ganado bravo, crea usted, amigo mío, no hay nada seguro. Si lo hubiera, todos seríamos ganaderos de primer orden...»

Así se expresó, con sinceridad y amargura al propio tiempo, un ganadero lleno de millones y afición, que no pudo nunca lograr la uniforme bravura de sus toros, a pesar de la pura sangre de la vacada y de lo que Urcola estudió, probó, luchó y gastó para conseguirlo.

Si la obtención del toro bravo, esto es, con las características señadas por ganaderos, toreros y aficionados, obedeciera a normas fijas, respondiera a reglas matemáticas, ¿qué criador se equivocaría? ¿Qué ganadero daría toros mansos, peligrosos o lidiabiles? Desde luego, ninguno. Pero la cosa no es así. Existen misterios genéticos, aun no desentrañados, que a veces desorientan, aburren y decepcionan al ganadero más inteligente. Y es que en ganadería brava no siempre dos y dos son cuatro.

No es raro —ni mucho menos— que de reses de superior nota y lucidos antecedentes familiares salgan hijos deficientísimos. Y, por el contrario, que de padres regulares o de poca garantía nazcan —aunque sea ocasionalmente— productos buenos.

El método de reproducción selectivo y las concienzudas operaciones de tiente son indiscutiblemente factores que suministran al ganadero elevado porcentaje de probabilidades de acierto sobre los caracteres o particularidades de las reses. Pero, por efectos de la retrogradación o atavismo, falla con frecuencia aquel lógico cálculo de pro-

babilidades, y donde indefectiblemente dos y dos deberían ser cuatro, resulta que no son más que tres, o cinco, o cero.

Vienen a cuento estos preliminares comentarios para relatar el caso de un novillo lidiado durante la pasada temporada en la Plaza de Madrid, en el cual, tanto el que suscribe como el criador, mayoral y vaqueros hubimos de poner nuestra ilusión, viéndonos después totalmente defraudados, quizá por esos imponderables secretos que encierra la genética animal.

«Navajero» se llamó el tal bicho. Escogido por su reata y docilidad, era, entre los seis animales que componían la novillada, el de mejor tipo y más acusada nobleza. A mayor abundamiento, procedía de unos padres inmejorables. Pero por si fuera esto poco para presumir su bravura, existía el precedente de varios hermanos de «Navajero», jugados años anteriores en distintos ruedos, que cumplieron de forma notable, conquistando para la ganadería aplausos y laureles. Por lo tanto, no significaba aventura alguna el suponer que el novillo respondería brillantemente en la lidia, máxime teniendo en su haber, según ya se ha dicho, numerosos antecedentes que le avalaban con gran fuerza.

¿Quién, pues, de los que conocimos a «Navajero», podíamos dudar de la bravura del noble animal? Porque nobleza le rebosaba por todos los pelos de la piel.

Valiente —entre otros toros, a los que ordinariamente —jaque, demostraba, sin embargo, una extremada docilidad con las personas, especialmente con el vaquero encargado de cuidarle.

«Navajero»! ¡Toma, hermoso, toma! —gritaba el zagal. Y el animalito salía de la pira, alzaba la testa, dirigía la mirada al paraje de donde había partido la voz conocida y encaminaba sus pasos hacia aquel lugar, con la sencillez de inofensivo corderillo.

Y era de ver cómo «Navajero» agradecía las caricias de su amigo, permitiendo ser agarrado de los

cuernos, dejándose rascar en las ancas y en la testuz, tolerando palmaditas en los lomos, en el cuello, en el vientre, etc., y aguantando toda clase de juegos, sin impaciencia ni enfado!

Llegó el día de la corrida. Por capricho de la suerte correspondió a «Navajero» salir en quinto lugar. Y aunque parezca mentira, este pequeño detalle hizo sentirnos, si cabe, más optimistas, porque vino a nuestra imaginación aquel conocido refrán taurino de «no hay quinto malo», que, afortunadamente, esperábamos se cumpliría.

La novillada se deslizaba triunfalmente para nuestro amigo el joven ganadero. Un primer bicho, ovacionado en el arrastre; otro, bueno; otro, mejor; otro, también bravo y dócil...

Ya no puede haber equívoco sobre «Navajero». Y mucho menos tras de ver la brava pelea de sus cuatro anteriores hermanos —pensamos por un momento, mientras los clarines anunciaban la salida del quinto novillo, imaginándonos ver aparecer en la arena a un competidor del célebre «Jaquetón».

¡Sí! ¡Sí! «Navajero» salió despacio y enterándose de cuanto le rodeaba. Cumplió a duras penas con los caballos, haciendo cosas feas y do'iéndose al castigo, y ni su bravura, ni su docilidad, ni las extraordinarias notas de sus ascendientes y colaterales aparecieron por ninguna parte.

¿Qué decepción, señor, qué decepción!

¿A qué remoto y cobarde antepasado saldría «Navajero»?

Menos mal que para enmendarle la plana, dejando la divisa en alto, cerró plaza otro hermano de «Navajero» que confirmó la buena casta de la casa. ¡Y éste sí que fué de bandera!

Decididamente don Félix Urcola tuvo muchísima razón para decir «que en esto del ganado bravo no hay nada seguro». Porque en incontables ocasiones, hasta el más pintado sufre lamentables desengaños.

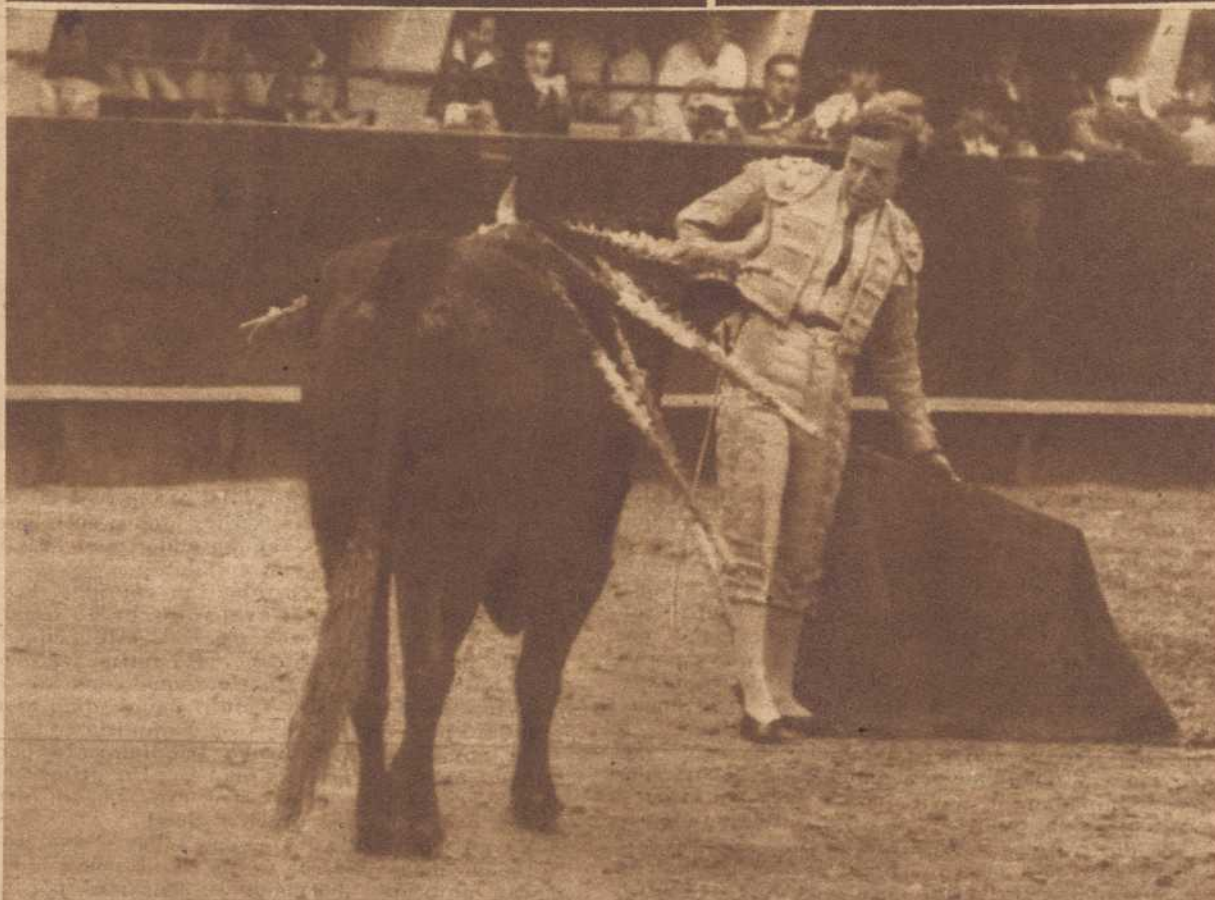
AREVA

VINO JEREZANO
FINO JARANA
NOMBRE DE FIESTA
Y BANDERA DE ALEGRÍA
EMILIO LUSTAU (JEREZ)



La reina de la belleza del Perú, Anna María Álvarez Calderín Fernandini, presencia desde una barrera la primera corrida de abono

Pepe Luis Vázquez iniciando con un pase ayudado por alto la faena a su primer toro



Pepe Luis citando con la izquierda para el natural

El natural del torero de San Bernardo

UNA GRAN TARDE DE TOROS

De la corrida celebrada en la Plaza de toros de Lima, en el pasado día 6 de noviembre, reproducimos de "La Prensa", de aquella capital, las siguientes impresiones:

LOS TOROS DE GUARDIOLA

"Este porcentaje de toros buenos, y con características de lidia que permitieron el triunfo de los toreros, ha hecho que el público salga encantado y satisfecho del ganado. A cuatro de ellos se les tocaron las palmas en el arrastre, y podemos decir, en buena hora, que ya se está apreciando lo acertado del esfuerzo que significa su importación.

PEPE LUIS

"Es en su segundo toro, que se lidia en cuarto lugar,

cuando vemos que Pepe Luis Vázquez es un torero de la cabeza a los pies. Sale el de Clairac, grande y feo de pelo, y hace cosas de manso, y de mansa sin estilo claro. Se limita el diestro a llevarlo a los piqueros, y se hace pesada la pica por lo toreados que están los caballos. Hay casi un desaliento en el público, que ya no espera nada, cuando con la pañosa en la mano, con mucho valor, aguantando y cargando la suerte, adelantando la pierna, se pasa todo el toro en varios ayudados por alto, que cambian el desaliento en algabía. No queda ahí la cosa. A este manso le cita con la mano izquierda, y corriéndola suavemente deja ahí, para recuerdo, cinco naturales y un hermoso forzado de pecho. Molinete en las mismas astas y aforolados, y dos trincheros, dignos del más caro pincel. Una media estocada en buen sitio y un descabello. La Plaza blanquea de pañuelos, y entre aclamaciones da la vuelta al anillo con la oreja de su enemigo en la mano.

LA PRIMERA CORRIDA DE ABONO DE LA FERIA DE OCTUBRE EN LA PLAZA MONUMENTAL DE LIMA

Se lidiaron cinco toros de D. Salvador Guardiola y uno de Clairac por Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel y «Rovira»

El diario «La Prensa», de Lima, titula así su página taurina: «Una gran tarde de toros.—Los tres diestros cortaron orejas».—Actitud bochornosa e incalificable de «Rovira»



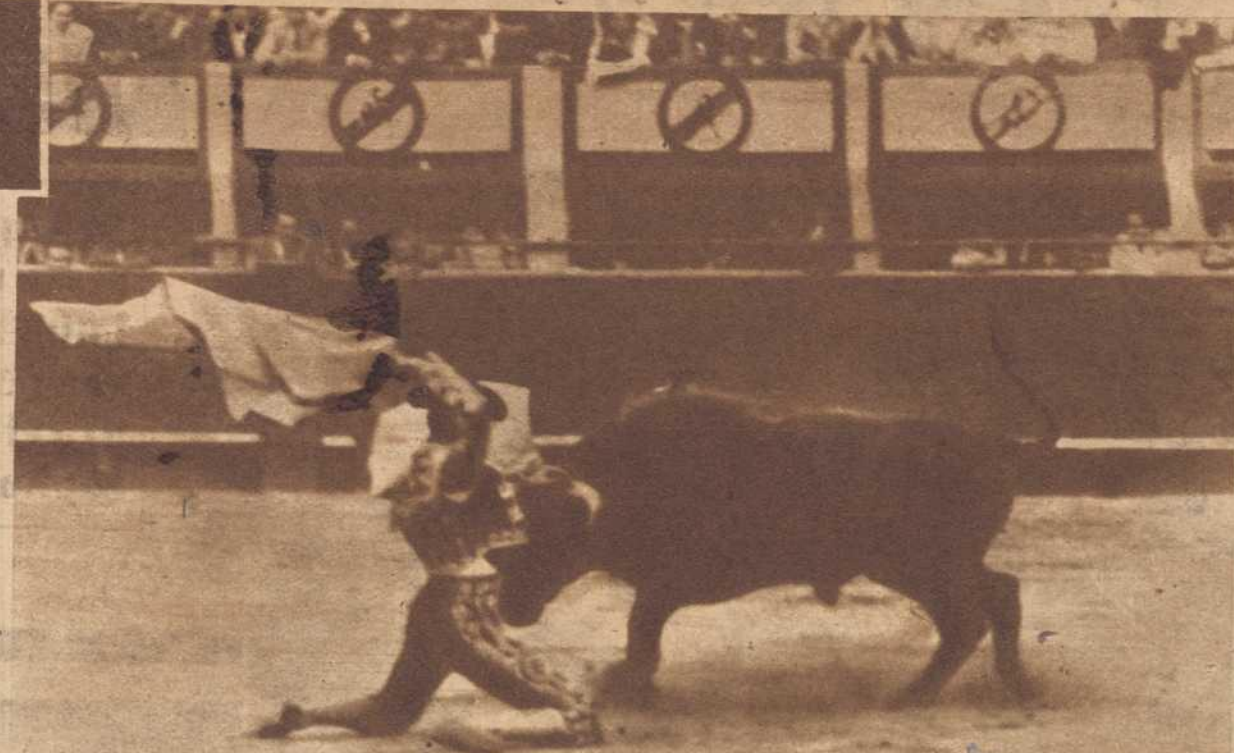
Pepe Luis nos ha traído todo el sabor de Sevilla."

LUIS MIGUEL

"La tarde de Luis Miguel Dominguín, si bien no ha sido completa, ya que estoy seguro que con mejores enemigos habría dado mucho más, ha servido, sin embargo, para aquilatar la dimensión de torero inmenso que es. El poderío de su muleta. Sus conocimientos y el valor sereno para realizarlos. El extraordinario temple que imprime a sus lances. Lo hondo, lo largo, lo interminable, por la lentitud con que los ejecuta, que hacen de Luis Miguel la primera figura del toreo hoy día. Y así lo ha comprendido el público, premiando su labor con las más cálidas ovaciones de la tarde. Con el capote y con la muleta, cada muerte que ejecuta tiene la belleza de la perfección y la angustia de su lentitud."

"Es en este momento cuando se produce el vergon-

Luis Miguel pasea el ruedo con los trofeos conseguidos



Pepe Luis da la vuelta al ruedo luciendo la oreja que le fué concedida

Luis Miguel en una larga cambiada «a porta gayola» al quinto toro de la tarde



Un pase en redondo de Luis Miguel



Luis Miguel torea de muleta con la izquierda

zoso incidente provocado por «Rovira», y el público desagravió a Luis Miguel con una fuerte ovación. Brinda la muerte del de Guardiola al señor conde de Foxá, que ocupa una barrera, y, sereno, empieza a dictar una catedral de bien torear. Por alto lo recibe, y luego, bajando la mano, prendiendo al toro de su muleta sabia, liga unos derechos lentos, inmensamente largos, que hacen sonar la música y la ovación. Tres, cuatro, y más y más. El toro, que pasa a milímetros de su cuerpo, gira a su derredor, describiendo casi el círculo completo. El público, de pie, lo aclama. También con la mano izquierda vemos, asombrados, cómo el toro sigue como embrujado la muleta mágica de este lidiador extraordinario, que, sin mover los pies, gira el cuerpo y obliga, llevando al toro por donde él quiere, hasta terminar la suerte, casi donde la empezó. Ovación fortísima cuando remata. Se perfila, y, entrando muy bien, deja un pinchazo en buen sitio, y otro más. Lástima, porque estoy seguro que en Madrid le habrían tocado muy fuerte las palmas por la ejecución en ambos pinchazos. Una estocada entera, y la presidencia concede los dos orejas como premio. Dos vueltas al ruedo, y el público que grita, pidiendo la concesión del rabo. Está bien eso. La faena ha sido extraordinaria, y el toro,

muy bueno; por eso también se le aplaudió en el arrastre. Dos vueltas al ruedo recogiendo las prendas, y salida al tercio."

«ROVIRA»

"Ahora, juzgándole como torero, dire que «Rovira», en sus dos toros, ha estado bien. Con mucho valor, ciñéndose en todas las suertes, ha hecho dos faenas de mérito taurino. Toreando por derechos y por naturales ha estado muy bien. Quizá es la mejor de las faenas que le hemos visto en Lima. Desgraciadamente, y eso no lo podrá evitar nunca, toda su labor parece esteotipada. Podríamos corear de antemano lo que va a hacer. No pasará nunca «Rovira» de ser un torero muy valiente y muy frío.

A su primer toro lo mató de una estocada cuartanada y un descabello. Le fueron otorgadas las dos orejas. A su segundo, en un alarde, ejecutó la suerte con el pañuelo, y atravesó al toro.

De las cuadrillas destacaron David, Antónete Iglesias, Amoros y Checa. De los piqueros, Díaz Chavito y Escribano. De los nuestros, Morales, con los paños.

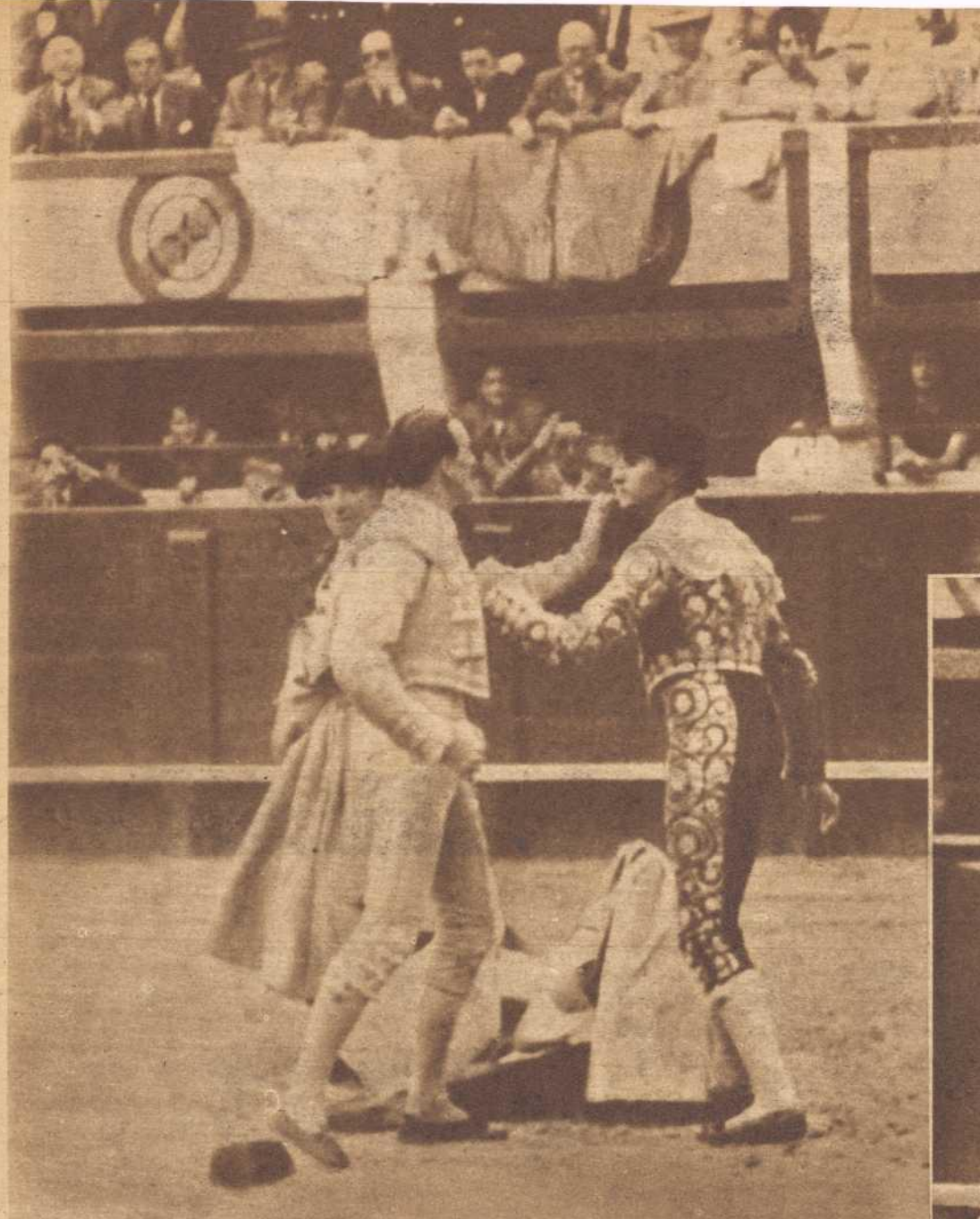
DE LA FERIA DE OCTUBRE EN LA PLAZA MONUMENTAL DE LIMA

La agresión de «Rovira» a Luis Miguel, a través de los diarios de la capital del Perú

Es un espectáculo — se dice en «La Crónica» —, además de insólito e irrespetuoso, vergonzoso. «Rovira» multado con 5.000 soles



Cuatro momentos de la agresión de «Rovira» a Luis Miguel. La agresión. «Rovira» y Luis Miguel discuten. «Davito» contiene a «Rovira». Luis Miguel se retira al callejón de púes del lamentable incidente. (Fotos enviadas por H. Paradi)



La agresión de «Rovira» a Luis Miguel Dominguín ha sido juzgada así por los informados limeños.

«Práscuelo», en «La Prensa» del lunes día 7, dice lo siguiente:

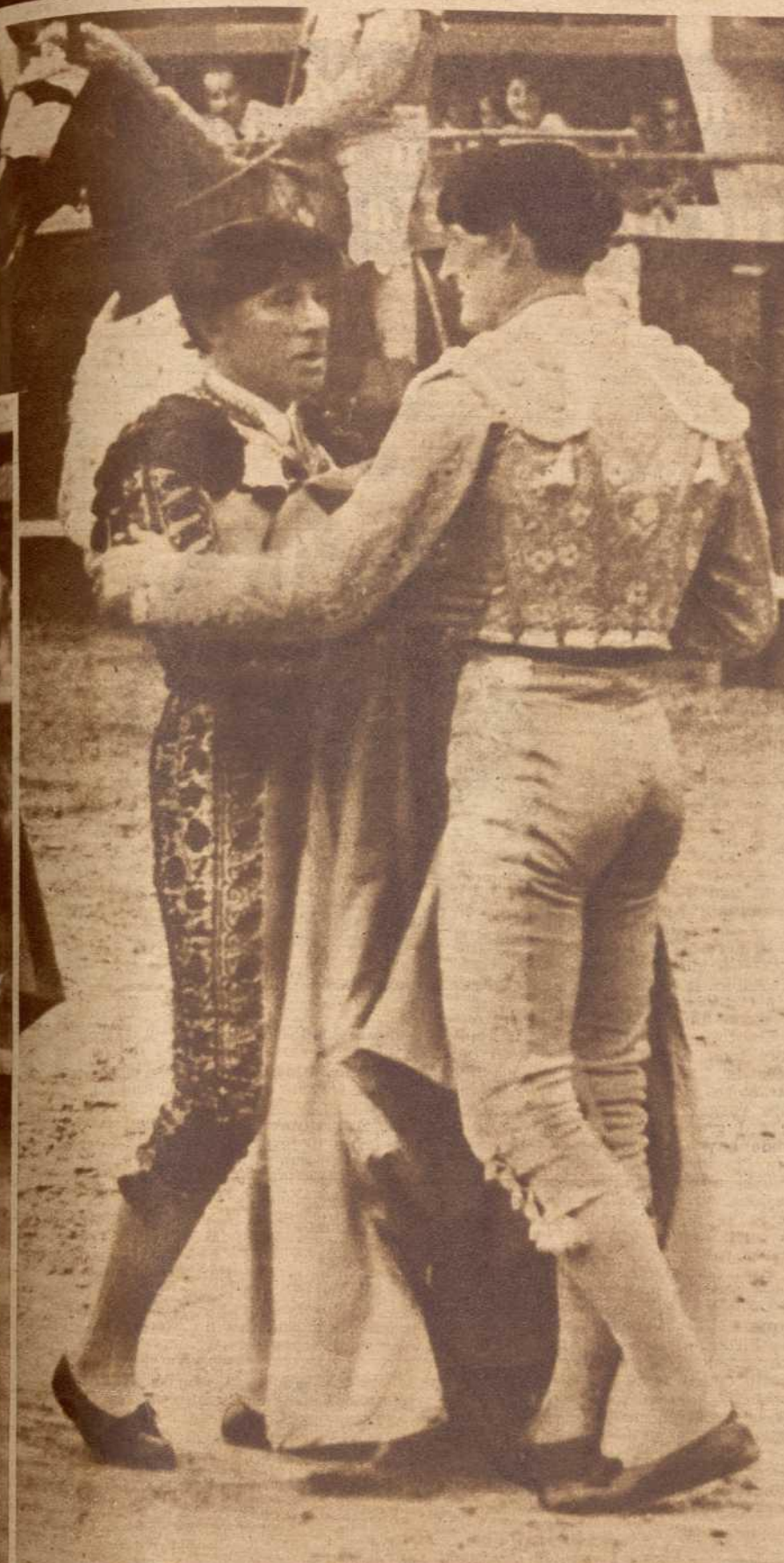
«Tengo ahora que reseñar la labor de «Rovira» y, dada la actitud incalificable suya, lo hago a disgusto. Pero lo hago por ética, por esa ética que «Rovira» desconoce completamente en su profesión. No merece vestir el traje de luces ni alternar en un ruedo quien no lo sabe hacer caballeramente. Ayer, al intentar agredir a Luis Miguel en pleno ruedo, y cuando éste le había quitado el toro, que se le había arrancado cuando estaba de espaldas, ha dado «Rovira» el más triste de los espectáculos. Es más: él llevaba la representación del Perú en el ruedo. De este Perú generoso y noble, que le ha acogido y le ha aceptado como peruano, y que, por tanto, al darle su nacionalidad le daba también la obligación de respetar su tradición de hospitalario por excelencia. No tiene ninguna atenuante su actitud. Merece los más duros calificativos, y este mismo público, generoso en demasía, le dio una lección más de nobleza al aceptar sus excusas cuando pidió perdón en medio del ruedo a este público a quien había agraviado en forma tan baja. También recibió otra lección de caballeridad de Luis Miguel Dominguín, en su actitud serena, frente al público y frente al toro, pues también, como torero, le ha dictado clase. La envidia, señor «Rovira», es muy feo defecto.»

Por su parte, en el editorial del mismo periódico aparece el siguiente comentario:

«Rovira» ha cometido ayer tarde una falta cuya gravedad y sus consecuencias habrá vislumbrado ya en la etérgica e indignada actitud del público. Nos esperábamos que algo de esto iba a suceder en cualquier momento, dada la desatinada actitud que ha tomado este diestro respecto a sus diferencias personales con Dominguín, haciendo declaraciones con ribetes de violencia, en las que trata de captar las simpatías de la gente apare-

ciendo de víctima. Equivocada la táctica. Al público no le interesan; ni tiene por qué enterarse de las diferencias personales de los toreros. Le interesa solamente su labor en el ruedo. Es ahí donde se debe saber respetarse a sí mismo y la categoría que se pregona tener. Eso no lo sabe hacer «Rovira». Ayer lo ha demostrado, dando un espectáculo bochornoso, y con la serena actitud de Luis Miguel ha recibido una lección sobre la que debe meditar.

Le han enseñado a respetar al público. Y éste, a su vez, ha demostrado que se sabe hacer respetar, con indignación y violencia muy justas, por cierto, dada la gravedad de la falta cometida por quien, ignorante de la más elemental cortesía y ética profesional, no supo comprender que, siendo nacionalizado peruano, llevaba él solo en ese momento, en el ruedo de la Plaza de Lima, la representación artística de los peruanos. Muy mal nos dejó «Rovira». En las ovaciones del soberano a Luis Miguel, hubo desagravio colectivo al huésped y justificación multitudinaria a sus méritos taurinos, que no se pueden menos-cabar con actitudes descompuestas, insolentes e irrespetuosas para la concurrencia. Lo primordial para ostentar una categoría es saber estar siempre en su sitio, en la Pla-



za y personalmente. Y ayer hemos visto, lamentablemente, que «Rovira» ignora esto. No hemos tolerado, ni toleraremos, estos espectáculos bochornosos. Que sirva de advertencia y de lección nuestra violenta protesta y la de la afición limeña.»

Z. M., en «El Comercio», juzga la agresión de la siguiente manera:

«Un incidente por demás desagradable ocurrió ayer en la Plaza. «Rovira» se excedió en su quite al segundo de Luis Miguel, y al rematarlo resultó achuchado. Luis Miguel «tocó» al bicho con su capote. Y «Rovira», en grosera e insolente actitud, pegó a Luis Miguel Dominguín, quien, dando a «Rovira» una lección de caballería tranquila, permaneció inmóvil. El público, que de inmediato se percató del insólito gesto de «Rovira» —bochornosa actitud que no mereció el torero madrileno y que en ninguna forma merece la afición de Lima, que con tanto afecto ha tratado siempre

a Raúl Ochoa—, abroncó violenta y justamente al lidiador, que, rompiendo una norma jamás quebrada en Lima, procedió de tan censurable manera.»

Y «Don Fulano», en «La Crónica», escribe de esta forma, no obstante declararse amigo incondicional de «Rovira»:

«Tal actitud es censurable. Es un espectáculo, además de insólito e irrespetuoso, vergonzoso.

He sido y soy ferviente partidario de «Rovira», a quien he alentado desde el mismo instante en que pisó el ruedo de Acho, como novillero, hace ya cinco años. Además de partidario, soy amigo personal de Raúl Ochoa. Por eso —por ser su partidario y amigo— creo que debo decirle la verdad. Y la verdad es que ayer Raúl, con ofuscación y sin medirlo, ha realizado un acto censurable. Y que si bien ayer «Rovira», como artista, ha cumplido y hasta ha triunfado, como persona ha quedado en deuda con el público limeño, al que debe una reparación y excusas.»

El juicio que «Rovira» merece de los testigos presenciales de su agresión, ha quedado listo y visto para sentencia.

«Rovira», multado con cinco mil soles, deplora su ofuscada actitud

LIMA.—El torero peruano Raúl Ochoa («Rovira»), en carta enviada a los periódicos de esta capital, da excusas y pretende justificar el incidente del domingo pasado, cuando agredió de obra en el ruedo de la Plaza, durante la corrida, al torero español Luis Miguel Dominguín.

«Rovira» dice en su carta: «Nadie deplora más que yo el acto involuntario e impremeditado que cometí en la última corrida, sin la más lejana intención de ofender a nadie. Más adelante añade: «No fui yo quien avanzó sobre Luis Miguel, sino éste quien avanzó hacia mí. En este momento me ofusqué. Pasaron por mi ánimo tantas cosas que he sufrido con toda paciencia durante mucho tiempo, que mi espíritu se alteró, no pude contenerme y se produjo el incidente.»

Los espectadores que llenaban el coso taurino condenaron la actitud de «Rovira», quien después de haber sido amonestado por las autoridades, se vió obligado a salir al ruedo para pedir perdón con la cabeza inclinada. Los periódicos han condenado unánimemente la conducta de «Rovira», calificándola de «vergonzosa, bochornosa e incalificable falta de respeto al público». Dominguín se ha negado a comentar el incidente, limitándose a declarar que, «fuera de lo taurino, nada más de importancia ha ocurrido».

El periódico «El Comercio» pone de relieve la actitud de Dominguín, diciendo que cuando «Rovira» le atacó, Luis Miguel no trató de repeler la agresión. «El torero español —dice— dió a «Rovira» una lección caballerosa de tranquilidad.»

«Rovira» ha sido multado con 5.000 soles.—Me.

Comunicado de la Inspección de Espectáculos del Concejo Provincial de Lima

Los diarios de Lima publican la siguiente información:

Sanciones impuestas por la Presidencia, durante la corrida de ayer, por contravenir al Reglamento pertinente

Multa de 400 soles al picador Antonio Díaz, por barrenar y reincidir en esta falta en la lidia del primer toro. (Art. 12.)

Multa de 5.000 soles al matador Raúl Ochoa («Rovira»), por faltar el respeto al público, agrediendo al espada Luis Miguel Dominguín, durante el tercio de quites del quinto toro, habiéndose advertido, además, al indicado lidiador «Rovira»,

que, en caso de reincidencia, será suspendido. (Artículo 181.)

Multa de 400 soles al banderillero Domingo Peinado, por detener las mulillas, demorando el arrastre del quinto toro, con la intención manifiesta de obtener para el matador mayor premio que el concedido por la Presidencia. (Art. 137.)

Multa de 200 soles al picador Francisco Chávez («Chavito»), por cambiar de cabalgadura en el ruedo, durante la suerte de varas del quinto toro. (Art. 123.)

Multa de 200 soles al picador Epifanio Rubio («Mozdo»), por desmontarse en el ruedo y entregar su caballo al picador «Chavito», durante la suerte de varas del quinto toro. (Art. 123.)

Multa de 200 soles al picador José Amador, por detener las mulillas, demorando el arrastre del sexto toro, con la intención manifiesta de obtener para el matador mayor premio que el concedido por la Presidencia. (Art. 137.) La Presidencia hace presente que ante la incorrecta actitud asumida por el matador «Rovira», durante el tercio de quites, en la lidia del quinto toro, procedió a multarlo, exhibiendo al efecto el cartel respectivo, amonestándolo, telefónicamente, y exigiéndole que presentara sus excusas al público, lo que fué debidamente acatado.

Asimismo, deja constancia que al matador Luis Miguel Dominguín se le otorgaron las dos orejas de la res, en mérito de la faena realizada al quinto toro, hecho que pudo apreciarlo el público que concurrió a la corrida y que consignan algunos diarios en su reseña de la fecha.

Lima, 7 de noviembre de 1949.—El Inspector de Espectáculos.



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



F ECHADA en Comodoro Rivadavia (República Argentina) el 25 de octubre último, recibimos una carta de un español que, pese a los treinta años que lleva fuera de su patria, conserva intacta su afición a los toros. "Siempre recuerdo — escribe — la Fiesta más emocionante y hermosa que haya presenciado en mi vida, aunque soy de la época de "Gallito", "Belmonte", Gaona, Vicente Pastor "Camará", etc., etc., allá por el 1918, antes de venir a la América." Y luego, en prueba de cómo sostiene vivo el fuego de su afición, dice: "Soy lector de EL RUEDO, que me manda mi familia, radicada en Madrid, y estoy al tanto de todos los acontecimientos taurinos."

Explica en otros párrafos la ilusión y la desilusión que le acometieron en el corto espacio de veinticuatro horas. La primera

le llegó con el anuncio en el diario "La Prensa", de Buenos Aires, de la posible celebración de una corrida de toros a beneficio de los damnificados por el terremoto de Ecuador. Nuestro comunicante concibió inmediatamente hacer un viaje a la ciudad del Plata. Ahí es nada, asistir a una corrida de toros a los treinta años de presenciar la última. Pero al día siguiente, en el mismo diario "La Prensa", leía un artículo oponiéndose rotundamente al proyecto, pese a los fines benéficos que se perseguían, *porque una ley nacional, que lleva el número 2.876, declara actos punibles los malos tratamientos ejercitados con animales, y castigo, con multa o arresto, a las personas que los realicen; porque una ordenanza municipal prohíbe la celebración de parodias de corridas de toros, lo que, a juicio del articulista, lleva implícita la prohibición de las verdaderas, y porque es un espectáculo sin arraigo en las costumbres argentinas.*

No es nuestro propósito rebatir tales argumentos, que tanto han contrariado a nuestro compatriota, sino alentar a éste en su ilusionada afición, sostenida a lo largo de treinta años de alejamiento de cuanto puede estimularla. Lo bueno es, señor Merino, y lo mismo que a usted decimos a cuantos españoles viven fuera del ámbito entrañable de la Patria, que existan cosas tan privativamente nuestras como las corridas de toros, que sólo aquí puedan admirarlas y sentir las plenamente. Un ciudadano de cualquier país del mundo puede encontrar satisfechos en otro los deseos y apetencias que tuviera en el suyo. El fútbol, el cine, las carreras de galgos o caballos, el boxeo, la lucha libre, las grandes revistas, operetas, etc. Un español, no. Es posible que en esta afición nuestra, tan combatida incluso por algunos españoles, radique en gran parte el secreto de nuestra individualidad y de esa *morriña* que nos caracteriza en la ausencia de España.

Venga usted acá en la próxima primavera a darse una vueltecita y verá la incomparable alegría de nuestras Plazas de Toros. Recobrará sus años juveniles, de afición con "Gallito", Belmonte, Gaona, Vicente Pastor, "Camará", etc., cuando vea los toreros de ahora, que son otros, pero que son tan buenos, y que seguramente a usted aún habrán de parecerle mejores que a los que estamos aquí. Sabemos de algunos compatriotas que marcharon de España sin haber visto una sola corrida de toros, y al encontrarse fuera se sintieron tan aficionados que se suscribieron a periódicos taurinos y aprovecharon la primera oportunidad que tuvieron para volver a ver lo que inexplicablemente no habían visto.



(Dibujos de Ismael Cuesta y Jiménez Llorente.)

Los más insignes escritores han comentado la Fiesta española

Comedias y versos de Lope de Vega, quien también fue preceptista taurino

QUIEN como Lope de Vega fué tan fecundo en lances de vida e ingenio, y tantas y tan bellas pruebas dejó de su talento en la poesía y el teatro, no podía haber pasado por alto el gran tema taurino que en muchas de sus producciones. Ciertamente no centra ninguna de sus obras — poemas o comedias — a la Fiesta, ya que otro mundo y otra visión del espectáculo existían entonces. Pero tampoco es menos verdad que los toros tienen en el "Fénix de los ingenios" a un valedor Merino de alta estirpe. Y es inútil buscarle los tres pies al gato a quien, por tanto escribir, tuvo la obligada realidad de hacer a sus personajes partícipes de criterios contradictorios, a través de los cuales han querido ver los antitaurinos — con las gafas ahumadas de su sectarismo y su fobia — asomos o ribetes que presentarían al portentoso dramático como un enemigo de los toros. Hay que llevar una prolija mezquindad en la búsqueda y, sobre todo, un preconcebido afán para arrimar los versos fabulosos del autor de "La Doña Urtica" al campo polémico, donde anidan agazapados los detractores del arte taurino. El grano accidental de un breve pasaje de "Los Vargas de Castilla" no hace granero...

Y el granero, si lo hacen comedias como "El marqués de Las Navas", donde hay alusiones de certera afición taurina, la dedicatoria de su obra "El ingrato agradecido", donde proclama la grandeza del espectáculo más apasionado de España; en la narración de festejos de la obra ocasional "La burgalesa de Lerma"; en "La competencia en los nobles", donde se insertan unos versos que poseen todo el rigor preceptivo de un buen tratado taurino; en el "Peribañes", en "Al pasar el arroyo", en "El caballero de Olmedo"...

Esto por lo que se refiere a sus comedias, que si de éstas pasamos a sus poemas, podremos comprobar la gran afición de Lope a los juegos de toros y cañas. Así, en sus poemas épicos "La hermosa de Angélica" — que ha de inspirar lustros más tarde a Nicolás Fernández de Moratín su "Fiesta de toros en Madrid" — y "La Jerusalén conquistada" hay felices alusiones a la Fiesta taurina.

Sin embargo, el gran lírico, en quien el culteranismo del tiempo deja su huella indeleble, donde más y mejor demuestra su amor y admiración por el tema, ya maduro y de vuelta de avatares, bastante cerca de la verdad, por mor de muchas cosas ocurridas a su azarosa y vitalísima biografía, es en la dedicatoria de "El ingrato arrepentido", de 1621. La transcripción de dos solas décimas han de decir de él, en su elogio de "buen aficionado" — que diríamos hoy —, mucho más que lo que puede escribir nuestra torpe pluma. Vedlo aquí, culterano y conceptista:

El toro, como si fuera
la nave que viento en popa
trajo sin flores a Europa,
y las dió a la Primavera,
del sol que en él reverbera
recibe tanto calor.
¿Te tienta al brazo el valor,
pero el galán don Rodrigo
tuviera igual enemigo
si Júpiter fuera amor.
Llé envía que el toro guía,
parte con golpe violento,
mas tanto perdió de aliento
cuanto tuvo de osadía;
midió la tierra y volvió
los pies al cielo, con celo
de pedir que en su azul velo
como el otro signo esté;
pero porque envidia fué,
no quiso admitirle el cielo.

Demasiada España tenía metida en sus venas el gran poeta, y con su Patria, su pasión por lo gentil y caballeresco, para que hubiera cerrado los ojos al gran espectáculo. Su genio también irradió luz en el gran tema taurino.

JOSE ALTABELLA

Final de la temporada en la feria de Valencia

Alternaron Antonio Ordóñez, «Litri» y Enrique Vera en la lidia de cinco novillos de Hidalgo hermanos, y uno de la viuda de Guardiola. Aunque la plaza no se llenó se registró una entrada magnífica



Bellas señoritas valencianas entregan a «Litri» el pasodoble que lleva su nombre

Ordóñez en su primero

Con la novillada celebrada el pasado domingo, Valencia ha dado también el cerrojazo. Fue este último festejo de la temporada en homenaje a «Litri», que cerraba su campaña con 115 novilladas toreadas. Lució un día primaveral, y ello hizo que la Plaza, sin llegar al lleno, registrase una entrada magnífica.

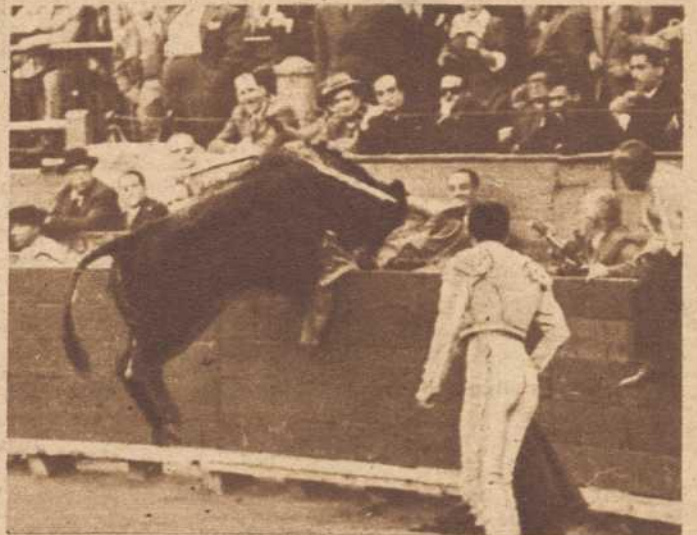
Estaban anunciados seis novillos de Hidalgo Hermanos, pero uno de ellos fue sustituido por otro de la viuda de Guardiola, lidiado en sexto lugar. En honor a «Litri», Ordóñez regaló un novillo, de Ruiseñada, que se lidió en séptimo lugar.

Al iniciarse el festejo, la banda Unión Musical de Valencia estrenó un pasodoble dedicado a «Litri». Termina-



Un pase de «Litri» a su primero

Enrique Vera recibe por alto a su primer novillo



El cuarto novillo de la tarde saltó por doce veces al callejón

da la interpretación, un grupo de señoritas, ataviadas con el típico traje regional, hicieron entrega de la partitura a Miguel Báez.

El ganado de Hidalgo Hermanos, muy escurrido de carnes, fue mansote y con muy poca fuerza. El único bueno fue el segundo, que correspondió a «Litri». El de Guardiola acusa mansedumbre y el de Ruiseñada sosería.

Antonio Ordóñez, en su primero, que brindó a «Litri», hizo una faena breve. En su segundo, un buey de carreta que saltó doce veces al callejón, se limitó a quitárselo de en medio en forma decorosa. Fue aplaudido. En el novillo que regaló realizó una artística faena, que fue acompañada por la música. Mató de media estocada. Se le concedió la oreja y fue paseado en hombros.

«Litri» no pudo conseguir trofeos en esta corrida en su homenaje. En sus dos faenas intercaló pases estatuarios, de rechazos, naturales y manoletinas, que se ovacionaron. Con la espada no le acompañó



El banderillero de Manolo González, «Michelín», fue invitado a saltar al ruedo y clavó un par de banderillas en la novillada-homenaje

Comensales a la comida-homenaje a «Litri», celebrada en los Jardines del Real (Fotos Vidal)



la fortuna. No obstante, dió la vuelta al ruedo en su primero y escuchó aplausos en el otro.

Enriquito Vera consiguió en su primero un gran éxito. Colocó a este bicho tres magníficos pares de banderillas —sobre todo el primero fue portentoso— que se premiaron con grandes ovaciones. Con la muleta estuvo muy artista, intercalando muletazos con mucho salero. Se le ovacionó, tocó la música en su honor y se le concedió una oreja. En el otro estuvo voluntarioso y consiguió algunos muletazos sueltos, superiores. Fue despedido con aplausos.

RECORTE

EL HOMBRE

MANOLETE. ¿era un clásico?

¿Un romántico?

¿O ambas cosas a la vez?

A medida que el tiempo pasa, la figura del torero y del hombre toman mayor interés.

Ha periclitado la etapa de los romances lastimeros, de más aljofar que sinceridad, y ahora "Manolete" ha de entrar en una zona de fervoroso estudio que haga más real su personalidad desvanecida. Lo merece, porque "Manolete", aparte de su valía profesional, es un modelo humano; un hombre-tipo digno de figurar entre las figuras raciales de Julio Antonio.

¿Era un clásico "Manolete"? ¿Era un romántico? Los conceptos manidos se prestan a confusiones. ¿Qué es ser clásico y qué es ser romántico? ¿Pueden ir juntas estas dos cualidades antitéticas? Rubén Darío dijo en verso que "todo aquel que es, es romántico". Y de primeras nos encontramos respecto a "Manolete" con una personalidad muy destacada, una personalidad que se sentía trascendente, excepcional, con un sustrato que en lo anímico contenía un secreto cósmico, infinito... Era un alma de excepción, y su conducta, al decir de sus mejores y más fieles biógrafos, respondió siempre, desde la infancia al sepulcro, a una personalidad fuerte y humilde y solitaria. Su inclinación a la soledad —"le gustaba de niño sentarse bajo un árbol y permanecer pensativo..."— así lo demuestra. Como si desde pequeño hubiera hecho suyo aquel consejo de Gánvel, que traslada un pensamiento de Sócrates: "No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir de ti que eres un hombre." Si Ortega y Gasset, comentando las investigaciones tarléscas de Schüppen, halla en las máximas expresiones bélicas una blandura ro-

deleños hicimos a doña Angustia Sánchez, yo reincido en mi impresión de que "Manolete" tenía más de clásico que de romántico. Seguimos refiriéndonos al hombre exclusivamente. Si queréis saber cómo es una persona, visitad su casa y vivid su ambiente. En la que fué casa de Manolo pude observar una cosa: o estaba dispuesta por un artista o influida por el que se fué. Una justa y armoniosa correspondencia de espacios y de muebles, de volumen y de exorno. Un sereno equilibrio que iba bien con el carácter y el temperamento del propietario. (¡Hemos visto tantas casas de toreros con superabundancia de tonos chillones y polieromías hirientes!) Pero ésta, no. Tenía el aire mismo de "Manolete": el equilibrio, la serenidad.

La prosografía también puede darnos referencias interiores. Sin ser apuesto, "Manolete" tenía majestad. Respondía a un tipo —¿asténico?— más predispuesto al arte que a otra cosa. Un tipo del Greco, antitético del plácido, rechoncho y sanguíneo. Estilización. La imperfección clásica de su rostro aumentaba su personalidad. Era como un obelisco y enjuto como un Quijote. A su serenidad aflujó la melancolía a flor de ojos, y lo melancólico, de no ser somático, es romántico puro.

Estamos, pues, ante una vida clásica o romántica? Hemos oído decir muchas veces, sin profundidad, sin claridad: "Manolete era un clásico", o bien: "Manolete era un romántico". Y, sin considerarlo ecléctico,



Manolete, visto por Forero

MANOLETE, ¿CLÁSICO O ROMÁNTICO?

nosotros nos atreveríamos a decir que en "Manolete", como hombre, hay un clásico en mayoría y un romántico en proporciones secundarias. Y conviene recordar que, a partir de XVIII hasta casi el 900, la característica romántica destaca, como en "Manolete", en el fulgor de la personalidad.

¿Y esa melancolía que afloraba en "Manolete" como una violeta en el campo de su equilibrio? ("Mamá, el dinero no es la felicidad...", decía el mozo involuntario.) Bien pudo ser consecuencia de choques afectivos o quién sabe si resultante de una realidad somática. El se llevó a la tumba, como una esfinge, su secreto.

Por todo eso, nosotros catalogaríamos personalmente a "Manolete" como un gran clásico herido por el romanticismo. Pero el clásico ni romántico de una manera absorbente y aislada. Una y otra arquitecturas íntimas no se dan solas en su grandiosa personalidad.

EL TORERO

¿Y el torero? ¿Cómo era el torero en función de su técnica y de su estilo? ¿Cómo deslindar los campos al referirnos al arte de "Manolete"? "Manolete" adviene al toreo cuando "Joselito" y Belmonte —creemos a "Joselito" un sabio, no un gran artista— hacen que la técnica se convierta en arte. De entonces acá el toreo ha variado fundamentalmente sus directrices, y a este respecto nada más justo y clarividente que el prefacio que a una parte de su obra (1) pone el torero y la experiencia de don José María de Cossío. La lidia conviértase en espectáculo estético —hasta Juan Belmonte lo fué, si acaso, contadas veces—, y los nuevos profesionales hubieron de adaptarse a los nuevos cánones, máxime cuando el incentivo de lo plástico era ya buscado por las nuevas generaciones. Hoy que tanto se habla de que pasados tiempos fueron los mejores, nosotros preguntáramos: ¿Nos atrae hoy, de verdad, un "Gueira", un "Frasuelo", un "Lagartijo"? Teniendo, como tenemos, dominadores como un Luis Miguel, artistas e inspirados como un Manolo González, un Pepe Luis... Y hasta moranostalgias sobre el toro-elefante nos parecen pueriles.

¿Cómo no admirarse de la técnica y del arte —del ARTE— de "Manolete"? De cuanto hemos leído de él, y ha sido bastante, nada nos ha convencido como lo que hace unos días publicó en ABC el maravilloso poeta Gerardo Diego. Es un breve artículo, pero su concepción dice lo más profundo que se ha escrito sobre el torero cordobés. Y sólo un poeta y un crítico como Gerardo Diego podría así —después de tantos juicios más o menos trascendentes— desentranar críticamente a "Manolete". Hay afirmaciones rotundas: "Un torero es siempre, queráse o no, un héroe plástico." ¿Estamos? Hora es ya de que alguien se atreva a decir tan definitivas palabras. Un torero puede ser un gran técnico de su arte; pero si la falta esa intuitiva aplicación del ritmo y de la línea del espectáculo y del

movimiento, nunca será su "modo" trascendente.

A "Manolete" jamás le vimos un gesto, un movimiento, un "lle" profesional que destruyese la prodigiosa erudición externa e interior. El toreo, como la danza —todo arte es al mismo tiempo ciencia, aunque haya ciencia sin arte—, está sometido a ritmo. A ritmo interior y en el espacio. El movimiento antitético en la lidia, por muy bravo, muy técnico que sea el lidador, causa una fisura en el conjunto, en el todo visual, y emotivo de los espectadores. Y esto desagrada hoy, por muy natural que sea nuestro sentido crítico. Tan importante es esto, que cualquier actitud, gesto o movimiento que no contenga armonía plástica se convierte en impresión deleznable, mucho más que la castiza "españolada" de antiguos tiempos.

Frente al orientalismo de la escuela sevillana —arabí y arabesco que apegan una técnica clásica—, el toreo de "Manolete" es clásico por cordobés, y, por cordobés, sobrio y puro. Tiene —tenía— la armoniosa proporción de un acueducto romano. Por este iba el agua, que es la vida, en ritmo sin solución, y por el arte de torero iba el ritmo de lo clásico; es decir, de lo perfecto. El "sentimiento de la medida" es una de las realidades del clasicismo. Por eso los escultores griegos hacían sus dioses con dimensión humana, y nunca en mármol copió ni lo fue ni lo fue el marionetista.

Aparte su inimitable personalidad como hombre-tipo, la figura de "Manolete" adquiere, como artista, relieve extraordinario. Su arte, armónico y rico de herosmo, era una obra viva, clásica. Tan clásico que, como autor, "se subía fuera de su obra", como un galego que tallase en mármol de Paros un *Discóbolo* eterno. Los ritmos y las formas adquieren en el toreo de "Manolete" una expresión sublime, y sobre la arena producen la simbiosis más bella. Ni un milímetro menos ni un segundo más tienen sus pases personalísimos, y su valencia razonada, consciente, no es un reampago furioso, sino un estético y clásico preludio de la razón. Es más: como si hiciera suyo aquel axioma de Wilde, tiene muy en cuenta que "el arte no debe intentar nunca ser popular. Es el público, por el contrario, quien debe intentar ser artista". No recurre —no recurría— su toreo a buscar el éxito de galería.

Clásico es igual a "modelo", a perfección. Estimamos el toreo de "Manolete" como una obra clásica. "Manolete", como torero, es un clásico, un modelo. Y ha impuesto un canon tan justo como el de Praxíteles.

Como hombre, el "Califa de Córdoba" es un clásico y un romántico a, mismo tiempo.

Al leerle este artículo, un amigo replica: —Y aquello de mirar al tendido, ¿era clásico también?

En ironía viene envuelta la pregunta. Pero allá va la contestación.

—¿Por qué lo hizo varias veces? Por saturación. El gran torero había llegado al límite de todo; del valor y de la armonía. La obra era perfecta. Como en los versos de J. R. Jiménez ("no te toques ya más, que así es la rosa"), su obra alcanzaba la perfección. No podía superarse. Y entonces "Manolete" alzó los brazos del portento y no quiso seguir. Miró a la Vida, que era asombro en las gradas, porque ya ni la Muerte resistía su mirar.

—Forero

JULIO ESTEFANIA



Manolete, visto por Jacinto Gil

manítica, Manuel Rodríguez, andaluz, es la antiteria de esta blandura de lo bello, y su carácter a este respecto es clásico, tan clásico como Sevilla, tan desconocida a veces que muchos no ven en ella, tan clásica, sino barroquismo luminoso.

Es indudable que desde su niñez —velada la alegría infantil por la orfandad paterna— "Manolete" es un ser introspectivo, sin que pueda considerarse ego-céntrico. Crece su personalidad introvertida, y ésta se acusa tanto en su vida civil como profesional. Era de pocas palabras y nunca ociosas. Yo recuerdo aquella noche del día brillante de su alternativa. La Asociación de la Prensa sevillana organizó un banquete en honor del gran torero, y, como director de la entidad, encargado para ofrecer aquel homenaje. Quemé es lógico, la más posible protección en honor del artista que ascendía a la cumbre de la fama, no obstante la falta de visión de muchos críticos. Terminado el acto, "Manolete" vino hacia mí y, estrechándome fuertemente la mano, me dijo solemnemente: "¡Gracias!" Con tan rotunda sencillez, con la fuerza de sinceridad en los ojos, que nunca llegué a olvidar aquella única palabra. ¿Otro dato? Hace unos meses, en la visita que los críticos laurinos ma-



CORDOBA. Con motivo de la feliz terminación de la temporada, se ha celebrado una Misa, organizada por la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Caído y Nuestra Señora del Mayor Dolor en su Soledad (Hermandad de los Toreros), a la que asistieron los diestros cordobeses José María Martorell, "Rafaelito Lagartijo" y Manuel Calero ("Calerito"), Hermanos mayores honorarios de la misma. La foto fue obtenida a la terminación del acto religioso, y con los toreros aparecen la Junta directiva y la Comunidad de Padres Carmelitas Descalzos, residente en la iglesia de San Cayetano.

(Foto Tejada)

Notas gráficas de ACTUALIDAD



CORDOBA. Se ha verificado el entierro del picador de toros "Paco Zurito", que durante diez años ha venido soportando con ejemplar resignación una enfermedad incurable. El 2 de julio de 1939 se celebró en la Plaza de la Maestranza Sevillana una corrida, en la que tomó la alternativa Manuel Rodríguez ("Manolete"). El segundo toro, de Cassara, ocasionó a "Paco Zurito" tres aparatosas caídas, a consecuencia de las cuales recibió lesiones, de las que ya no logró curar. En la fotografía de la conducción del cadáver figuran "Calerito", el banderillero "Cantimplas" y el picador Catalino.

(Foto Ricardo)



UNA BUENA FAENA DE "MICHELÍN".—El excelente peón y banderillero "Michelín", al que puede considerarse como un poco zaragozano, ha tenido un rasgo generoso: "Michelín", que actuó, hace pocos días, a las órdenes de Braulio Lausín de Rieja, ha querido destinar sus honorarios a fines benéficos. Y enterado de la urgente necesidad de aplicación de streptomicina a cinco niños que se encuentran en la Facultad de Medicina, en la sala del doctor Bravo, "Michelín" se presentó en dicha sala y entregó a dicho doctor veinte gramos de dicho medicamento para tales niños.

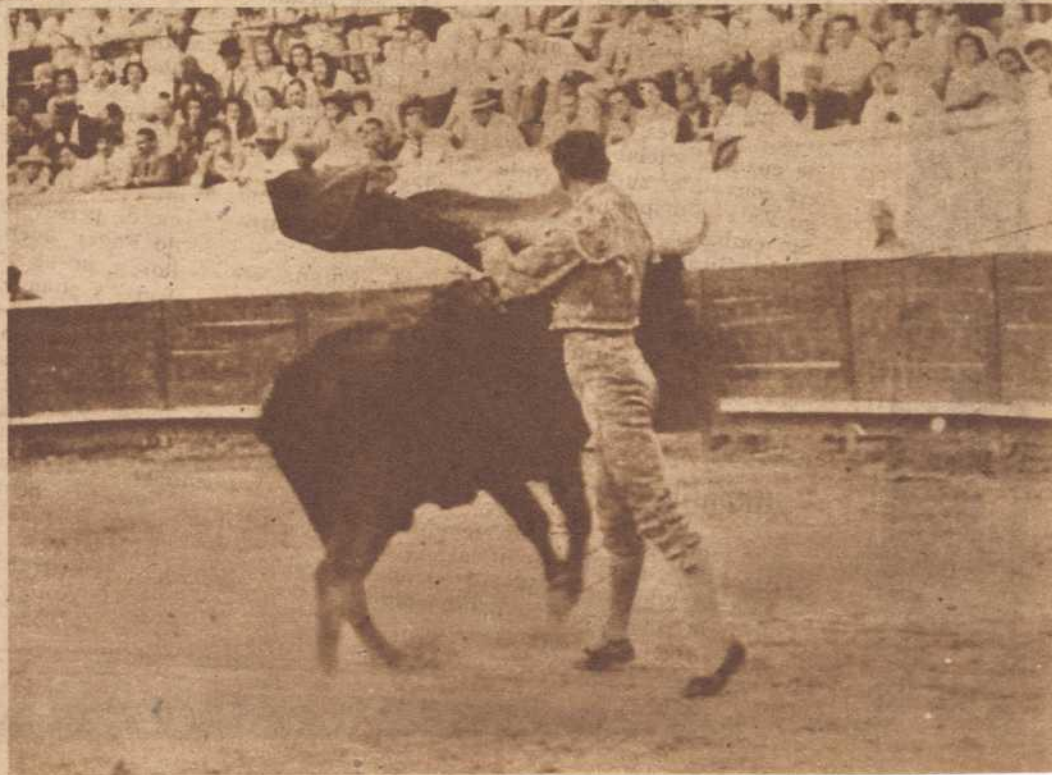


Días pasados salió del aeropuerto de Barajas, en dirección a Venezuela, el ex matador de toros Manuel Mejías, Bienvenida, padre de los actuales toreros del mismo apellido y alias. Bienvenida ha desembarcado ya en el aeródromo de Maiquetía. El viaje de Bienvenida está relacionado con la temporada americana de su hijo Antonio, actualmente en Lima. Don Manuel Mejías fue recibido en el aeropuerto por una representación de los muchos amigos que allí hizo durante su estancia, en cuya época nació, en Caracas, su hijo Antonio.



El día 15 del pasado mes de octubre se celebró en Palmira del Valle (Columbia) una corrida, en la que alternó, con los mejicanos Lorenzo Garza y Félix Briones, el torero español "Morenito de Valencia".

Un momento de la actuación de "Morenito de Valencia" en Palmira del Valle (Columbia).





III
Yo le gané la «partia».
Si te gustan los valientes,
¡quitéreme, serrana mía!
(CANTO POPULAR.)

La presentación de «Gitanillo» en Sevilla, aunque resultó bien, dió lugar al justo enojo de Domingo Ruiz. Curro toreó contra la voluntad de su apoderado, que deseaba presentar al muchacho en una novillada más cómoda —el ganallo oriundo de Urcola resultaba, por entonces, peligroso— y al lado de Enrique Torres (el Niño del Seguridá), que por aquellos días bullía mucho. «Gitanillo», con la ambición de triunfar en la Maestranza, desoyendo los consejos de Domingo Ruiz, dió su conformidad y toreó. Sobrevino así la ruptura entre uno y otro, con la natural contrariedad de los amigos del torero. «Gitanillo», arrepentido, pidió perdón; y aunque al principio el competente apoderado se resistió, acabó por encargarse de nuevo de la dirección del muchacho.

El éxito de «Gitanillo»

Dicho queda que el gitano gustó en Sevilla. Tanto, que aun toreó tres novilladas más aquella misma temporada en la Maestranza. En total, sumaría aquel año de 1925 trece corridas con picadores. El éxito de Curro, ante la cátedra del Baratiello, permitía pensar en más serias empresas. Había que arriesgarse... y venir a Madrid. Y como entonces, al revés de lo que ocurre ahora, la ilusión de cuantos iniciaban el duro sendero de la Fiesta era convalidar su fama en la Villa y Corte. Domingo Ruiz se dispuso a cumplir los deseos del torero. Sin embargo, hasta bien mediado el año 1926 no pudo «Gitanillo» hacer el paseo en el ruedo madrileño.

Desde los primeros meses de esa temporada, era Paco Fernández Arranz, aficionado veterano, a pesar de su juventud, el que llevaba la representación de «Curro Puya» en Madrid. Y él fue, precisamente, quien cerró el trato con la Empresa madrileña.

«Gitanillo», torero completo

Ahora, al evocar estos recuerdos, estos primeros pasos de «Gitanillo» en su carrera hacia la definitiva consagración, Fernández Arranz no puede soslayar la emoción. Han pasado muchos años; pero —cosa frecuente en estos casos— la admiración ha-

Hay que acabar con la leyenda de que «Gitanillo» sólo sabía torrear de capa. Con la capa era un maestro, pero con la muleta —y sobran testimonios gráficos— también ajustaba su arte a los más exigentes cánones.

cia el torero, cuyos intereses representó, no ha disminuido lo más mínimo. Es lo primero que nos dice cuando, apartándole de su tertulia habitual del Lyon, le pedimos que nos sirva de guía en este reportaje biográfico de «Gitanillo».

—¿Cómo toreaba Curro! Mire usted... Yo no digo que fuera el mejor torero, pero sí uno de los que han toreado mejor. Y no sólo con la capa, cosa que todo el mundo reconoce, sino con la muleta también. Hace falta desmentir esa leyenda de que «Gitanillo» sólo sobresalía en el primer tercio. Sobran testimonios gráficos que prueban lo que era su muleta. Daba el natural —el natural auténtico— como mandan los cánones. Vamos... como lo daba Juan Belmonte.

—¿Cómo fue —preguntamos a Fernández Arranz— hacerse cargo de la representación de «Gitanillo» en Madrid?

—De manera desinteresada, yo había apoderado a otro torero —«Finito de Valladolid»— sin ánimo de perseverar en estos negocios...; pero Eduardo Pagés, buen amigo mío, me habló de «Gitanillo» y, no sé por qué, acepté. Escribí a Domingo Ruiz, y comencé mi labor como representante del pobre Curro. Le gestioné las primeras corridas sin conocerle personalmente, aunque sinceramente halagado por sus triunfos.

—¿Coincidían sus preferencias con el estilo de torrear de «Gitanillo»?

—Sí. Yo había militado en el belmontismo. Bueno... Antes, un poco como herencia paterna, fui fuentista. Sentí por Antonio Fuentes gran admiración. Después... y dejando a un lado a «Gitanillo», al que, sobre estimar como un torero excepcional, quise entrañablemente, mis preferencias han ido hacia Antonio Márquez («Andaluz») (al que he re-

presentado hasta su despedida) y, por supuesto, «Manolete».

El arte de «Gitanillo»

—¿Cuándo conoció a «Gitanillo»?

—Llevaba ya algunos meses representándole cuando pasó por Madrid, camino de Barcelona. Entonces le conocí. Pero aun pasaría algún tiempo antes de verle torrear.

—¿Le sorprendió su arte?

—Por las referencias que yo tenía y las fotografías que había visto no podía sorprenderme. Y eso



que en las primeras corridas que le vi no tuvo mucha suerte. Es más: recuerdo que por entonces, muy al rojo vivo su rivalidad con Joaquín Rodríguez («Cagancho»), amigo, por otra parte, de Curro (el padre de «Cagancho»), fue padrino de pilla de «Gitanillo», yo me permití en una ocasión hacer un elogio de aquél, en su presencia, y durante algún tiempo, medio en broma, medio en serio, estubo recordándomelo. «Su amigo de usted», me decía «Gitanillo» cuando nombraba a su rival.

—¿Cómo se planteó esa competencia?

—Fue algo natural. Los dos eran gitanos y de análogos recursos artísticos. El público, que siempre anda a la caza de emociones, los enfrentó en los ruedos. Y como los dos eran jóvenes y con ganas de triunfar, tomaron muy a pecho la cuestión. Pero... fue una rivalidad noble —no había razón para otra cosa—, que terminó en fraterna amistad.

Rivalidades gitanas

—¿Recuerda alguna anécdota de esa competencia?

—Sí. Ya le he dicho que «Gitanillo», al que «Ca-

* DE LA FRAGUA A LA GLORIA TAURINA * Francisco Vega de los Reyes EL TORERO GITANO



Curro se dispone a entrar a matar... La foto es de sus primeros años de novillero. Pertenecía a una corrida torreada en Valencia.

gancho» había sacado cierta ventaja en algunas corridas, deseaba sacarse la espina... Sobre todo, no renunciaba a que yo reconociera mi equivocación. «Usted cree que yo con la capa. Pues... ya se convencerá usted de lo contrario. Usted y su amigo de usted.»

—Y... ¿se convenció?

—Claro. Una tarde —el 2 de mayo de 1927—, después de una triunfal actuación en Madrid, fui a verle. Yo no había querido ir a la Plaza, y me pasé la tarde en casa desasosegado. Cuando calculé que la corrida había terminado, salí y me dirigí al hotel Asturias, donde se hospedaba Curro. Por las tertulias de los cafés de la calle de Sevilla se pomentaba ya el éxito de «Gitanillo». Pero yo, sin hacer mucho caso, quise escuchar de sus labios la



«Gitanillo», con Vicente Barrera y Mariano Rodríguez, dispuestos para hacer el paseillo en la Maestranza, en la novillada celebrada el 7 de julio de 1926.

versión de lo ocurrido. En la habitación sólo estaba su mozo de estoques, Antonio Marroco. Curro estaba sobre la cama, descansando. Lo primero que me dijo fue esto: «¿Qué? ¿Sabe usted ya cómo ha quedado esta tarde su amigo de usted?»

Otras competencias

—¿Qué otras competencias mantuvo «Gitanillo»?

—Además de «Cagancho», actuó mucho con Antonio Márquez, con «Chicuelo», con Marcial..., y ya al final, con Manolo Bienvenida y con Cayetano Ordóñez («Niño de la Palma»). Con casi todos ellos quiso la afición enfrentarle. En su etapa triunfal de novillero, mantuvo fuerte rivalidad también con Félix Rodríguez. Ambos terminaron la temporada de 1926 a la cabeza del escalafón. Félix Rodríguez había toreado cuarenta y cinco corridas; «Gitanillo», cuarenta y seis (1).

—¿Qué cuadrilla llevaba Curro en aquellos primeros tiempos?

—El Sargento y Moyano, como banderilleros, y «Platilla» y Rafael Barrera, como picadores. De mozo de estoques tuvo primero a Marroco, el más competente en estos menesteres; después, a Antoñito Conde.

Fernández Arranz hace una pausa. Aun quedan muchos recuerdos...; pero es preciso ordenarlos, para el mejor entendimiento de esta semblanza del torero gitano. Y quedan para otras charlas, para otros capítulos...

FRANCISCO NARBONA

(1) Este dato rectifica la cifra dada en la breve biografía de «Gitanillo» escrita por Orts Ramos.



«Gitanillo», con su mozo de estoques, Antonio Marroco, en la Plaza de Sanlúcar de Barrameda. La foto, que lleva fecha del 25 de agosto de 1926, está dedicada a su representante en Madrid, Francisco Fernández Arranz.

APORTACION A UNA CAMPAÑA

San Francisco Solano debe ser proclamado Patrono de los toreros

ESTABA yo asistiendo, complacido, desde la barrera de mi inactividad, a la polémica, o más bien al torneo literario, que se desarrollaba en relación con el tema, sugestivo, del Patrono de los toreros, en cuya liza han tomado parte espadas —escritores— de más "cartel" que el que suscribe, y no creía, en verdad, necesaria mi intervención. Bien estaba ya el "cartel" con los diestros que en la plaza de la discusión estaban alternando. Pero he aquí que uno de ellos —el erudito don José Bellver Cano— me pone esta postdata a una muy cariñosa carta suya: "¿Cómo va la campaña pro Solano? ¿No ha escrito usted todavía?" Esto es como invitarme a intervenir en la lidia, al menos en calidad de sobresaliente o "medio espada", o, en última instancia, a dar un capotazo a este toro de la polémica, que está casi lidiado y ya no se le puede pasar mucho por la cara, porque ofrece peligro y porque, además —precisamente por su condición de torero y por manos maestras—, puede exponerle a uno a una ridícula actuación que nuestra dignidad —en grado parigual a nuestra modestia— no nos permitiría.

Pero, en fin, esta y otra razón me han llevado a coger la pluma para abogar por Solano en el patronato de los toreros. La otra razón la voy a decir. Cierta día —no hace muchos— recibí por correo dos libros interesantes: "San Francisco Solano, Sol de Montilla y Luz del Mundo", de Miguel Rodríguez Pantoja, y "Breve resumen de la vida de San Francisco Solano", de José Jaén y José Cobos. Y con ambos libros, una medalla —preciosa— del Santo patrón montillano, que desde entonces llevo sobre mí. Este envío fue para mí —sin serlo— como una invitación a opinar sobre el tema debatido. Fue como la pregunta indirecta que se me dirigía apremiantemente:

San Francisco Solano

"¿Qué Santo opina usted que debe ser nombrado Patrono de los toreros?" Y yo, cuando se me pregunta, suelo responder, siquiera sea en gracia a los más elementales principios de cortesía. Y lo hago. Desde Cossio a Sassone y desde éste a Bellver, pasando por "Uno del I", el compañero crítico de "La Gaceta Regional", de Salamanca, he asistido con gran complacencia al pugilato de Santos y de milagros que han venido ofreciéndose a la pública consideración. He meditado sobre las razones que existen para votar fervorosamente por San Marcos, San Pedro Regalado, San Pedro Sahagún, el Cristo de Torrijos, e incluso el dominico Padre Negrón —no elevado a los altares—; me he sonreído ante el argumento de "Uno del I", que propone a San Cornelio, por la etimología del nombre —cornelius, del latín cuerno—, y he llegado a pensar que si seguimos esa línea humorística, preferible hubiese sido nombrar Patrona a Santa Cofeta, porque todos los diestros la peinan —o se la adhieren con el "tornillo" al occipucio—, y por el doble motivo de que en el día de la Santa —6 de marzo— vino al mundo, en Córdoba, el II Califa del toro, Rafael Guerra Bejarano ("Guerrita").

Pero todo esto —ya entrando en la línea de la realidad— son ganas de "adornarse" o de torrear "por las afueras", y lo cierto es que los toreros, como todos los gremios, y con más razón espiritual que ningún otro, deben tener su Patrono, y nadie mejor que la figura de un Santo que es cordobés y que ha prac-

ticado —sin que decir esto se atribuya a irreverencia— las reglas estrictas del arte taurino, que son: tener serenidad, valor, dominio y mando sobre las reses bravas. ¿No tuvo Solano la suficiente serenidad y valor para "aguantar" al toro que le salió al paso cuando caminaba el Santo, acompañado del capitán Andrés García Valdés? ¿No dominó a la fiera y la hizo sumisa y le ordenó —le "mandó"— desviarse de aquel camino y dirigirse de nuevo a la montaña, de donde venía? ¿Y no hizo lo propio en San Miguel de Tucumán, cuando "aguantó", ante la emoción de todos los presentes, a un toro desmandado, y, "sin la más leve alteración de rostro", ofreció al hocico del bruto el cordón franciscano y la fiera lo olfateó y se apartó mansamente del Siervo de Dios? Pues he aquí los milagros "taurinos" del San Francisco Solano. Después, los toreros han querido seguir esa línea de serenidad, de valor, de dominio y de mando. Y de elegancia. Si, señor, de elegancia, de gracioso desprecio del peligro. Y ahí, en esas cualidades está precisamente la base y el fundamento del arte de lidiar reses bravas. Y otra razón además ya apuntada arriba: San Francisco Solano es cordobés, de Montilla, esta tierra dorada de vino y de sol, cuna de lidiadores cumbres. Y esta circunstancia de su nacimiento y su nombre, Francisco —nombre de matadores de toros del solera, que no es preciso traer a colación—, es suficiente abono para formular un voto favorable. El mío es, desde luego, que San Francisco Solano debe ser nombrado Patrono de los toreros. Que él, con su intercesión bienhechora, proteja a todos.

JOSE LUIS DE CORDOBA



San Francisco Solano amansando a un toro bravo



Fachada de la Parroquia de San Francisco Solano, levantada sobre el mismo solar que ocupó la casa donde nació el Santo, en Montilla (Córdoba)



VALDESPINO
JEREZ y COÑAC



LOS mejores recuerdos de mi paso por América se abrazan a Lima, "la muy noble, insigne y muy leal ciudad de los reyes del Perú", como reza la leyenda que grila el escudo de la capital peruana, en torno a su águila bicéfala, entre cuyas garras y bajo cuya cola, de once plumas campea, esta otra divisa: "Hoc signum vere regum est".

Acaso porque uno de los primeros libros de mis lecturas infantiles fué el del glorioso Ricardo Palma, "Tradiciones peruanas", o por mi cariño, tan auténtico y acendrado como mi admiración a Felipe Sassone, corazón *bipartito* entre las riberas del Rimac y las del Manzanares, o dándole la justa amplitud, entre Perú y España, porque es tan gato como perulero, o por uno de los inextricables misterios del subconsciente, ellos, que yo me encontré en Lima como la codiciada trucha entre las limpidas ondas y que, aunque un tanto acorchado para las emociones por imperativo de mi forzado exilio, que en tan tristes y penosos trances hubo de situarme, confieso que lloré con verdadera congoja y me hundi en mi camarote para desahogar mi lacrimosa aflicción, cuando zarpó el barco —el "Virgilio", que ardió íntegramente al poco tiempo— que me iba a alejar para siempre de aquella tierra dulce y fraternal que, a los corto de cuatro meses, aprendí a amar, y amaré siempre en mi recuerdo, como la mía propia.

Y vamos con la anécdota. Yo llegué a Lima como director artístico de una compañía de cuyo titular no quiero acordarme. Vencido allí mi contrato, lo rescindi, secundando mi determinación el famoso cantor flamenco Juan Mendoza ("Niño de Ultrera"), a quien yo hice actuar y enseñé a leer y a escribir, y su mujer, María Manuela, de Ultrera también, exponente salino de Andalucía, graciosa por la de Dios y ungida por el *quid divinum* que le ganaba la dilección de todos los públicos, solamente por el garbo de su presencia en el escenario.

¡Delicioso hotel Maury!, donde nos hospedábamos y en cuya cantina pasábamos una hora inefable diariamente en torno a la figura de caoba del ilustre doctor Pancho Graña y a la mosqueteril de Felipe Sassone, los españoles que allí nos asilábamos; los chavalillos, auténticamente "chavalillos", entonces, Rosarío y Antonio, con la madre de ella y un perro de todos; Soledad Miralles; muy de paso, Eugenio Montes y Samuel Ros, el malogrado poeta; Pepe Crespo, falangista tremendo, y alguna que otra vez, Luis Guzmán ("Zapaterito"), a quien el matador de toros sevillano, efímero "rival de Belmonte".

Pues por Luis Guzmán supimos que "Fortuna", nuestro Diego Mazquiarán, estaba internado en



Luis Guzmán
"Zapaterito"



Samuel Ros

Anecdotalario nuevo de un viejo aficionado

LA ULTIMA "FAENA" DE "FORTUNA"



Diego Mazquiarán ("Fortuna")

el manicomio, después de haberle tenido él en su casa una larga temporada, hasta que aquel se agravó de tal modo, que no quedó más remedio, en beneficio del torero de Sestao, que encerrarle.

"Fortuna" y yo fuimos novilleros a la par. Novillero-periodista, yo. Y vivíamos en la misma casa de huéspedes, tabique por medio: en la casa número 74 de la calle de Jacometrezo. Allí nació y se afirmó nuestra amistad, que se acreció por la presencia de ambos en Las Navas del Marqués donde él encontró una felicidad envidiable, que malogró malamente, y donde yo afinqué un cariño que acabará cuando yo acabe.

Era, pues, obligado, que fuese a ver a Diego en su triste situación. Cayó allí unos años antes, contratado para actuar como matador de toros, y en la misma Plaza del Acho dió prueba pública de su sinrazón al intentar conceder la alternativa, por propia y sorprendente decisión, a un banderillero, cediéndole el toro que le tocaba matar a él.

Y fui una mañana, acompañado del "Niño de Ultrera". Pero no pudimos ver a "Fortuna". Es decir... El médico —me da rabia no recordar cómo se llamaba aquel simpático (peruano, señor!) y cordial amigo— nos dijo que no debíamos hablarle, porque, habitualmente pacífico, en cuanto veía a un antiguo conocido, sobre todo si éste era español, se excitaba tan intensamente, que caía en las convulsiones tremendas del tremendo delirio. Así, nos limitamos a verle por una disimulada mirilla.

¡Qué pena!

Aquel mozo de Sestao era una momia, con la piel pegada a los huesos, y dos ojos brillantes que relumbraban, mientras un bisbiseo constante movía sus trémulos labios. Salí apenado hasta la congoja. Y el "Niño de Ultrera" —de origen gitano—, sobre apenado, con un pánico cuya confesión no recataba.

El médico nos contó las obsesiones del pobre "Fortuna". La fundamental era la de matar a Pagés —¡pobre Pagés!— porque le había llevado allí con engaños. Pagés fué su empresario, y nada más.

Para el "Niño de Ultrera", la locura de Diego era una preocupación enfermiza.

—Oiga usted, pare: no podrá escaparse, ¿verdad?

—No, hombre, no.

—Es que, si se escapa, ése se carga a to el que encuentre...

—No iba a ser a ti, Juan, aunque eso ocurriese.

—Pues, de todas maneras, no me deja dormir esa idea...

Le prevenía el subconsciente.

Porque a las pocas noches, en el café León, a cuyos amplios alledaños, centro de reunión de cómicos parados y torerillos sin contrato, bautizó el salero peruano, que no tiene por qué envidiar a la gracia andaluza, con el remoquete de "la pampa del hambre"; a las pocas noches, repito, el "Niño de Ultrera" se metió para tomarse "un cafelito", terminada su intervención en el teatro Segura. Hora en que el café estaba totalmente desierto y equidistante del coliseo y de nuestro hotel, Juan se fué al café vestido tal y como acababa de presentarse al público: con un traje corto, blanco, así como el sombrero cordobés y los zapatos. Ni siquiera se quitó el maquillaje, seguro de que no iba a verle nadie más que el ya conocido camarero.

Y así fué... al principio. Sentóse Juan ante un velador en el salón desierto; le sirvió el mozo "su cafelito" y... Cuando Juan estaba bebiendo a lentos sorbitos, le pareció que, a su espalda, se producía un extraño rumor. Y, al volver la cabeza para comprobarlo, vió en la mesa inmediata a "Fortuna", pero a "Fortuna", al infeliz "Fortuna", excitadísimo, desorbitado, amenazador y —esto lo dejó a la cuenta del terror del "Niño de Ultrera"— con un revólver en la mano.

El "Niño de Ultrera" se echó el café encima, saltó sobre el velador, derribó cuantos obstáculos halló en la recta que se trazó para salir a la calle, voló hasta encerrarse en el hotel Maury...

Y cuando hora y media más tarde le vi yo en el hotel, tuve que pedir una taza bien cargada de tila para intentar que se tranquilizase.

Al mes de haber salido nosotros del Perú, supimos que Diego Mazquiarán ("Fortuna"), el formidable matador de toros, había muerto en uno de aquellos terribles ataques, como el que le hizo escaparse del manicomio para dar tan tremendo susto al popular cantador de flamenco Juan Mendoza ("Niño de Ultrera").



Eduardo Pages

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



Eugenio Montes

LAS MUJERES TAMBIEN OPINAN DE TOROS

ISABEL PONS obtuvo su mayor éxito en Suecia con una Exposición de pinturas taurinas



EUROPA entera y toda Suramérica conocen el arte de Isabel Pons, que ha llegado a España después de una larga excursión por distintos países, y que volverá a emprender su ruta de viajera infatigable rumbo, esta vez, a Estados Unidos, donde llevará la Embajada de la joven pintora española, tan admirada y cotizada en el mundo cuando la representa un artista de la recondumbre de Isabel Pons.

Isabel Pons nació en Cataluña y dibuja desde los cinco años. A los diez empezó a pintar, y al terminar sus estudios en la Escuela de Bellas Artes recibió las lecciones de Carlos Vázquez, con quien visitó Roma y París, mecenas del arte antiguo y moderno. Después, otra vez España, y más tarde, ya en calidad de expositora, su recorrido por Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Francia, Brasil, Argentina, Uruguay..., una visita al mundo. Pero Isabel Pons no ha perdido por eso su solera española, y sigue sintiendo entusiasmo por todo lo que es auténticamente español, con el convencimiento firme, además, de que nuestros valores son apreciados en otros países.

—Todo lo que tiene algo del tipismo español es acogido con verdadero entusiasmo, sobre todo en el norte de Europa y en América. Tal vez la Exposición mía que más éxito comercial ha obtenido fué la que presente en Suecia, toda de motivos taurinos —nos dice—. Vendí todos los cuadros que llevaba.

Esto, por sí solo, es motivo de interés. Isabel Pons, para empezar, ha dado en el clavo.

—¿De modo que también es usted aficionada a los toros?

—¡Huy, muchísimo!

—Pues no sabe lo que me alegró. Veamos: ¿qué le parece el toro actual?

—Por ahí no va usted bien,

amiga mía —dice Isabel riendo—; hace años que no veo una corrida, y no puedo por eso hablar de la actualidad taurina. ¿No ve usted que en estos últimos tiempos he estado en continuo viaje?

—Tiene usted razón. Hablemos entonces de mi época de espectadora de toros. Pero Isabel Pons nos interrumpe:

—Antes quiero que se quede usted con la seguridad de que no he perdido la afición. En estos momentos hago el retrato de "Parrita", y más adelante pienso hacer mucha pintura taurina, que se presta mucho a mi estilo. Y ahora hablemos de mi época de espectadora de toros... Verá usted, cuando yo era muy pequeña empezaron a gustarme los toros desafortunadamente. Eran para mí el espectáculo más interesante. Recuerdo que por entonces toreaba "Cagancho". Después, en Valencia, que es el sitio donde más corridas he visto, conocí el apogeo del "Niño de la Palma", de Vicente Barrera. También he visto torear a "El Gallo", pero cuando ya estaba en decadencia. Su buena época no la alcancé. Cuando "El Niño de la Palma" era yo una aficionada fanática. No perdía corrida y conocía los toros nada más salir del toril.

—¿Qué toreros han sido los que más le han gustado?

—Han sido varios. Pero entre los últimos que he visto, mi preferido era "Manolete". Daba tanta sensación de seguridad en su forma de torear, que viéndole nunca he sentido esa molesta angustia que despierta el torero poco tranquilo, el que parece vacilar ante el toro y está dando constantemente la impresión de que va a ser cogido.

—Es inútil preguntarle si le parecen los toros buen tema pictórico, porque así debe ser cuando lo ha elegido ya y piensa seguir eligiéndolo para sus cuadros. En vez de eso, quiero que me diga cómo hace sus pinturas taurinas.

—Pues, sí, efectivamente, me parece estupendo tema el de los toros para pintura, y constituye para mí un aliciente de la Fiesta el poder tomar apuntes durante las corridas. Así es como hago mis pinturas: primero trazo el apunte, que me



sirve después de boceto para un cuadro al óleo.

—¿Lo amplía usted mucho?

—No, porque entonces resultaría falso, falto de vida. También pinto directamente en la Plaza durante las corridas.

—Eso ya es más complicado.

—No. Lo hago al pastel, con una gran rapidez. Hay en mis pinturas de toros —añade Isabel— algo que las diferencia de las que hacen la mayoría de los pintores.

—¿Y es?

—La luz, el sol. La mayor parte de los pintores ponen amarillo el sol de la Plaza; es un error.

—Será por la arena—instituto con timidez.

—Fíjese usted en la sombra del ruedo. Es gris, ¿no? Pues el sol tiene que ser blanco. Si fuera amarillo, la sombra sería naranja.

—Encuentra usted interesante, pictóricamente, al público de la Plaza?

—Interantisimo. Muchas veces me he entretenido tomando apuntes de los espectadores. Y en más de una ocasión he ido a tendidos de sol sólo por llevarme dibujadas las expresiones de todas aquellas caras, que fuera de allí tienen una apariencia completamente normal, y ante el espectáculo que los enardece demuestran sin careta todas sus sensaciones y expresan las más distintas pasiones.

—¿Qué es lo que más le gusta de la Fiesta?

—La salida de las cuadrillas.

—¿Qué le parece a usted más apreciable en un torero, el valor o el arte?

—El arte, sobre todo. El torero es arte, y la sensación de valor nos la da el arte que tiene el torero para dominar al toro.

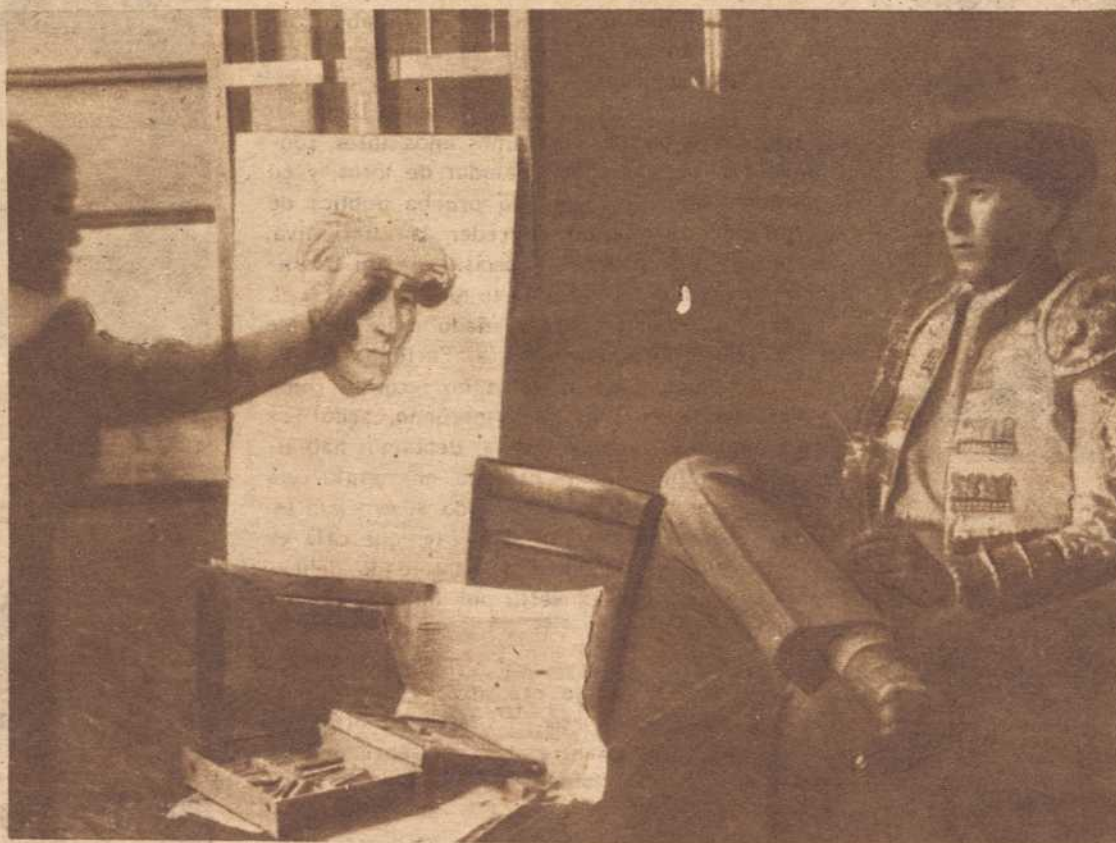
—¿Le gusta que la mujer tore?

—¡No; no, en absoluto! Es lo menos bonito que he visto.

—¿Qué es lo que recuerda de toros que más le haya impresionado?

—El haber visto matarse a dos toros. En un desencajonamiento, cuando las corridas de Feria en Valencia, dos de los cuarenta o cincuenta toros que soltaron en la Plaza se acometieron con tanta fiereza, que acabaron los dos destrozados.

Esto es lo último que Isabel Pons nos cuenta de sus experiencias como aficionada taurina.



Isabel Pons, pintando a «Parrita»

DE OTROS TIEMPOS

PLAZA DE TOROS DE MADRID

EL DOMINGO 10 DE SEPTIEMBRE DE 1905
se verificará (si el tiempo no lo impide) una

GRAN CORRIDA DE TOROS EXTRAORDINARIA

Presidida la plaza la autoridad competente.

Se lidiarán SEIS TOROS, con divisa azul y blanca, de la acreditada ganadería de Don Luis Patricio, de Coruche (Portugal).

LIDIADORES

PICADORES.—Francisco Sarasa (Charol), Alfonso Sánchez (Pagán), Antonio García (Varillas), Juan Jiménez (Chato), Julio Vicente (Carras) y Francisco Arjona (Paje); en el caso de inutilizarse los seis, no podrá exigirse otros.

ESPADAS

MANUEL LARA (JEREZANO)
VICENTE PASTOR

JOSÉ PASCUAL (VALENCIANO)

QUE ALTERNARÁ POR VEZ PRIMERA EN ESTA PLAZA, MATANDO EL PRIMER TORO DE LA CORRIDA, CEDIDO POR EL PRIMER ESPADA

BANDERILLEROS.—Manuel García (Garroche), José Balbastre (Pepín de Valencia) y Manuel Mellado (Mellado); Joaquín Pérez (Torerito de Madrid), Ramón Arango (Aranguito) y Juan Antonio Megía; Miguel Burget (Pajalar) que Belenguer (Blanquito) y Jerónimo Orejón (Orejón).

La corrida empezará a las cuatro y media en punto.

Cartel de la histórica corrida. No faltaron las instituciones. Al picador «Charol» le sustituyó Remigio Frutos («Algeteños»), y faltaron a la cita los banderilleros «Garroche» y «Jerónimo». De todos los que aparecen en el cartel superviven Pastor, «Pepín de Valencia» y Juan Antonio Mejías.

ESTA corrida que ahora vamos a desarchivar de nuestra memoria es, indudablemente, una de las que más significación tienen en la taurómaca existencia de Vicente Pastor.

Se celebró en la Plaza madrileña, ya desaparecida, en la tarde del 10 de septiembre de 1905; y a pesar de los cuarenta y cuatro años transcurridos, los supervivientes aficionados que la presenciaron no la olvidan tan fácilmente, porque durante ella tuvieron lugar imborrables acaecimientos.

No es inoportuno en los actuales momentos, en los que constantemente se está hablando del tamaño y poderío de las reses que vienen pisando los ruedos despolvar tan célebre corrida, en la que tres modestos entonces espadas, por una irrisoria cantidad, no tuvieron inconveniente en encerrarse con unos toros de leyenda, animados con el propósito de salir del pozo del olvido, donde se hallaban sumergidos por los empresarios.

De la Plaza de la carretera de Aragón, así llamada en aquella época, lo era don Pedro Niembro, muy popular por entonces, porque además de poseer en la dalle de la Gorguera —hoy Núñez de Arce— un buen montado almacén de vinos, en plena Puerta del Sol inauguró una carnicería, humorísticamente comentada por los habitantes de aquel Madrid desaparecido.

Como otros empresarios del derruido circo, Niembro tenía en arriendo la deshesa conocida por La Muñoza, en el término de San Fernando del Jarama, y en ella pastaban las reses que la Empresa tenía adquiridas para ir las lidiando con arreglo a sus proyectos taurinos.

Era propietario de la referida dehesa don Salvador García de la Lama, también ganadero, y en aquella porción de tierra dedicada para que pastasen las reses, lo venían haciendo desde el año anterior seis respetables toros del criador lusitano don Luis Patricio, de Coruche (Portugal).

Por toreros y apoderados conocíase la existencia de los seis «becerros» portugueses sin que Niembro encontrase tres esforzados varones con pelo crecido en la región occipital dispuestos a enfrentarse con los temidos bovinos.

Pero surgieron tres candidatos para quitar de en medio a los ya seis famosos «coruches»: Manuel Lara («Jerezano»), Vicente Pastor y José Pascual («Valenciano»), postergados lidiadores desplazados de los carteles de abono.

Y don Pedro Niembro, frotándose de gusto las

LA FAMOSA CORRIDA DE LOS CORUCHES

manos, porque, ¡al fin!, de La Muñoza iban a desaparecer los seis «pavos» bien cebados, organizó la corrida para la fecha anteriormente expresada, día precisamente en el que otros candidatos a diputados a Cortes iban también a medir sus fuerzas en los colegios electorales, apelando a todas las artimañas del desacreditado sistema desaparecido.

A pesar del suceso político, tal expectación despertó la corrida, que, al empezar ésta, presidida por el concejal don Juan Díaz Vicario —padre del que fué matador de novillos José Díaz Limiñana—, el público llenaba las localidades del coso ovacionando largamente a los tres valientes espadas cuando hicieron el paseo.



Vicente Pastor, el único que no se asustó ante el tamaño de los «coruches».

Apenas pisó el albero el primero de los toros, con el que «Jerezano» dió la alternativa a «Valenciano», los espectadores lanzaron al espacio un ¡oh! de asombro.

Pero mejor será que reproduzcamos la reseña de los astados, publicada en un semanario tan especializado en ello como «El Toreo».

Primero.—«Surraya». Era el toro una CATEDRAL, negro, listón, bragado, meano y bien puesto de cuerna.

Segundo.—«Zambuyo». Negro, bragado, meano, GIGANTESCO también, bien puesto y abundante de pitones.

Tercero.—«Deserto». Cárdeno claro, ENORME, de precioso tipo, bien puesto de cuernos, que eran requiscant.

Cuarto.—«Cabezudo». Berrendo en negro, capirote, botinero, TREMEBUNDO de tamaño y corniveleto.

Quinto.—«Almendrero». Berrendo en cárdeno, lucero, botinero, de GRAN ALZADA, largo y bien puesto.

Sexto.—«Alperino». Era GRANDE, como los anteriores, berrendo en cárdeno, lucero y bien puesto.

Un corridón, con toros cuya edad oscilaba entre los cinco a siete años, «comodísimo» de cabeza y el que menos con sus treinta arrobas sobre sus relucientes lomos. ¡Como los que ahorita se lidian!

Estas «mermeladas» pitonudas tomaron 38 varas, proporcionaron a los picadores con-

Sólo pudo con ella Vicente Pastor. ¡Y mataron 25 caballos!

tinuadas y aparatosas caídas, siendo indudablemente la causa de que el contratista de caballos, Jarete, enfermase durante unos días porque mataron la friolera de 25 semovientes, 19 de éstos arrastrados y seis mal heridos, que tuvieron que ser apuntillados fuera del ruedo.

¡Un escuadrón de equinos fuera de combate!

Fué el héroe de la jornada Vicente Pastor, que, además de sus dos toros, tuvo que matar los corridos en tercero y cuarto lugar, por resultar heridos, aunque no de consideración, «Jerezano» y «Valenciano», no haciéndolo con el sexto, que cerró plaza, porque la noche, con su consabido manto negro, se apiadó de todos y determinó la suspensión del inolvidable espectáculo apenas picado el último elefante de Patricio.

El torero de la calle de Embajadores, sereno e imperturbable, se impuso al pánico reinante en el anillo y en los graderíos, y como matando puso el corazón en la punta del estoque, escuchó frenéticas ovaciones, visitando como epílogo la enfermería donde el doctor Goyanes le curó de una herida que se había producido con el estoque en la mano derecha, doctor que también había asistido al picador «Paje» de una fractura.

La Prensa diaria y profesional elogió la conducta de los espadas —a quienes Niembro, agradecido, no volvió a dar toros—. Algunos críticos atizaron un palito a los ases coletudos de entonces, y años más tarde, la ganadería lusitana, que se hizo célebre con tal corrida, se extinguió con su divisa azul y blanca.

Y nosotros, porque las comparaciones son odiosas, no hacemos ninguna, dejando el comentario de todo lo narrado a gusto del lector.

DON JUSTO



«Jerezano» confirmando la alternativa a «Valenciano» (Fotos Cerveta)

MENUDA marimorena se armó en Madrid el lunes 11 de junio de 1860! Yo no la presencié, porque, afortunadamente, era entonces un *chiquilicuatre*; pero tanto dió que hablar aquella "novena media corrida" y tantas veces oí su relato a los ganaderos y buenos aficionados de la tierra, que a veces me costaba trabajo reconocer que yo no había estado en la Plaza aquel día, y que si sabía lo ocurrido era puramente "de oídas".

El cartel lo componían tres toros de don José Arias Saavedra, yerno de don Juan Domínguez Ortiz, el famoso barbero de Utrera, y tres de don José Maldonado, vecino de Ciudad Real. Aquellos, como cumple a su abolengo *vistahermoso*, fueron de pelo negro listón y bragao; cárdeno bragao y cárdeno a secas, y se jugaron en los lugares impares. Los otros, gijones legítimos, y, como tales, retinto albardao el segundo, retinto oscuro, el cuarto, y colorao, el sexto.

Todos fueron mansos perdidos, y la corrida transcurrió en una continua gritería contra el ganado. Unos espectadores protestaban por la manse dumbre, y otros, por la falta de presentación, convencidos, como más inteligentes en la materia, de que al ganadero sólo se le puede pedir que presente la corrida como es debido, pues lo que se traigan dentro los toros es una especie de "mañana se verá este juego", broma carnavalesca muy pesada, de la que todos tenemos noticia.

Es corriente que, a la vez, se chille a un toro por manso y por chico y la explicación es fácil. Cuando un toro es... UN TORO, si sale malo, la gente debe aguantarse. Ahora bien, si además de manso es una calcamonia, entonces viene aquello de dos de la vela y de la vela dos... Y la factura se pasa por todo a la vez.

Ibamos de mudanza con una piara de vacas horras, desde "El Campo de Chozos" a "Santillana". La cosa no tenía ni chispa de emoción. Delante de los bueyes, el Ayuda, llevando de cabestreros al conocedor y al guarda de "El Soto". A la zaga, mi padre, el mayoral y yo, como si fuésemos de peso. El mayoral hablaba conmigo. Mi padre parecía no prestar atención, abismado en la contemplación de aquel paisaje que tanto le gustaba; pero al oír aquello de la calcamonia y de la vela, dijo:

—Sigue explicándonos la corrida y no te pierdas en reflexiones, pues si no llegaremos al portillo y estará la historia a medio contar.

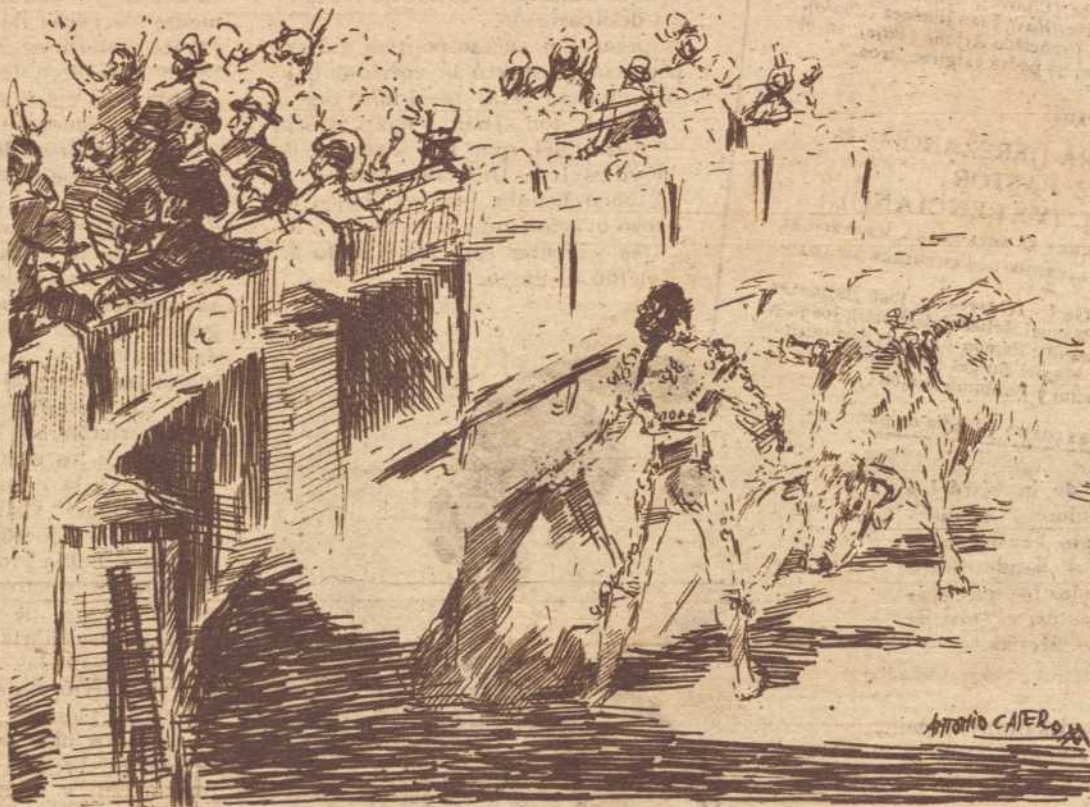
—Verdad es. Pues, como iba diciendo, tanto los andaluces como los manchegos, además de ser unos bueyes de solemnidad, tenían poca presencia para la Plaza de Madrid. El caso es que el conde de Belascoain (el que fué dueño de "Casa Blanca", antes de que la comprara tu padrino), que presidía, como teniente de alcalde constitucional, mandó reconocer los toros; pero no se puso nada en claro. Y es que, aunque un toro tenga la edad reglamentaria, y aun el peso, si le falta el trapío, que al fin es nada, es como si le faltase todo... No sé si me explico. Así pasaba con los toros de esta corrida, que fueron flacones y feorros, con una cornamenta que parecía la del toro de la pólvora... Y a fe que cohetes no faltaron... Los estrenó el primero, que solamente tomó, sin contar un marronazo, un par de refilones a la *trompillicuesca*, metiéndose luego al callejón en cuanto vió que por allí no andaban los picadores. Hubo que banderillearle recurriendo a la media vuelta, "Cúchares" (de verde y oro) le dió dos pases naturales y cuarto con la derecha, uno de telón... y un bajonazo. "Buen principio de semana, que ahorcan en lunes", dijeron los abonados.

El segundo resultó voluntario, pero con escasa bravura y menos fuerza que una gaseosa. Tomó diez picotazos, muchos de ellos al hilo de las tablas, y "Pepete", muy bien aviado de carmesí y plata, le dió siete naturales y tres con la derecha y le pasaportó de un pinchazo y un volapié. La faena empezó bien, pero fué a peor.

El tercero fué más blando que la mantequilla de Soria. Tomó ocho varas, sin contar cinco ma-

CUENTOS DEL VIEJO MAYORAL

El TATO lidia un toro en el mayor secreto



rroñazos, derribando una vez y despenando un arre. Hubo que banderillearle como a los otros, al sesgo, y "El Tato" (morado y oro) le dió cinco naturales, cuatro con la derecha, uno de pecho y dos de pitón a pitón, acabando con el de un pinchazo y un bajonazo, entrando a volapié, después de haber sido atropellado un par de veces.

El cuarto, veleta y feo, salió abanto, y por equivocación tomó dos varas, y como no quiso más coles, hubo fogarata, que tuvo lugar al relance y a la media vuelta. "Cúchares", viendo que no había nada que hacer, le dió cuatro naturales, uno con la derecha, otro de pitón a pitón y otro de pecho, y le soltó una estocada baja, a un tiempo... El público, viendo ya que la cosa iba de mal en peor, se metió con los toreros y tiró al ruedo naranjas exquisitas, en lugar de merendárselas, que hubiera sido lo propio. Muchos espectadores empezaron a marcharse, sin duda porque ya se habían comido dichas frutas.

El quinto, al principio, estuvo algo mejor, dentro de la gravedad. Era muy corniabierto, y para los caballos, voluntario simplemente. Tomó siete varas; en otras cuatro le marraron y mató un par de alimañas; pero al final debió llegar mansote y quedado, porque el público pidió a "Pepete" que le matase de cualquier modo, a lo cual él se prestó muy gustoso, con un metisaca bajo, después de cuatro pases naturales.

Como antes dije, a partir del cuarto toro, la escasa gente que había acudido a la Plaza empezó a desfilir poco a poco. Apenas empezó la lidia del sexto toro se retiraron los duques de Montpensier, que ocupaban el palco regio; esto debió dar pie a los espectadores del 5, que eran los más ocurrentes y entendidos de toda la Plaza de la Puerta de Alcalá, para la más graciosa y eficaz protesta que registra la historia del toro. El 5 era un tendido de señoritos políticos, que disfrutaban siempre de un saludable buen humor. Raramente se veía allí a una mujer, y si alguna caía en tal sitio por equivocación, estaba cohibidita, pues la Plaza entera permanecía atenta a lo que se cocía en aquella parte del graderío, que opinaba a veces, con gracia y con salero. Así como en los otros tendidos había más mezcla de sombreros, el 5, visto de lejos, era una exposición de chisteras de última moda. Tam-

bién el 13 se preciaba de ser una masa de público inteligente; pero no llegaba en esto, ni menos en buenos golpes, al 5.

En esta corrida, tan desastrosa, la gente se preguntaba: "¿Qué harán los del 5?" Pero, salvo bromas aisladas y frases sueltas, no se manifestaron en conjunto hasta la salida del sexto toro, llamado Desertor, que empezó muy abanto, como, si en efecto, más que desertor lo que deseara era irse del mundo. Entonces el tendido en pleno se levantó de sus asientos y se volvió de espaldas al ruedo. El tendido 13, su imitador, hizo lo propio, y a continuación les secundaron el resto de los espectadores de tendidos y gradas. Quiso tocar la música, y con un griterío infernal le obligaron a callarse; asimismo, consiguieron de los caballeros y señoras que ocupaban los palcos que echaran una especie de toldillos o persianas que aquella localidad tenía. A partir de entonces, la lidia se llevó de prisa, pero en el mayor secreto, es decir, que salvo la presidencia, la Empresa y los carpinteros, nadie prestó atención a lo que pasaba en el ruedo. Pudiera creerse, al pronto, que esta actitud favorecía a los toreros; pero, según confesión de ellos, les desconcertó completamente, pues era violentísimo ver a miles de personas de espaldas, en una actitud que, si bien era de pura broma, a ellos les parecía de un desprecio profundo. Así que, cuando materialmente no tenían algo que hacer, los lidiadores buscaban refugio y consuelo en el callejón. Los malhumorados espectadores escucharon dos golpetazos tremendos que, según se supo después, fueron grandes caídas de

Cortés y el "Pelón" en las dos únicas convidadas que aceptó el de Maldonado. Banderilleado a escape, con los inevitables pares al sesgo, "El Tato", muy nervioso, le dió cuatro pases, un pinchazo arrancando y una estocada a volapie, aliviándose tanto que hasta volvió la carita. Todo esto se supo después por los periódicos, a cuyos revisteros se lo debieron contar los propios lidiadores, a menos que mirasen de reojo, de cuando en cuando, traicionando al resto de la Plaza.

Tan graciosa protesta fué muy eficaz, pues la Autoridad multó a la Empresa y la obligó a dar en la décima corrida (que no fué hasta el 1 de julio) dos toros más por el mismo precio, componiendo el cartel cuatro toros de casa y cuatro de Saltillo, de los cuales mató "Cúchares" el primero, tercero, quinto y séptimo; "El Tato" el segundo, cuarto y sexto, y el octavo Mariano Antón. "Pepete" estaba anunciado, pero se quedó enfermo en Córdoba.

Aprovechando una pausa momentánea le dije:

—¿Cómo es posible que, al cabo de cincuenta y tantos años, te acuerdes de cómo era el traje de "Pepete", de las veces que marraron los picadores y de cuántos pases dió cada matador?

—Es muy sencillo. Ayer, buscando unas apuntes trasnochadas, me encontré con la revista y me la lei tres o cuatro veces. Es cortita y tiene algunos versos graciosos, como éste:

*¡Maldonados! ¡Qué regalos!
No desmintieron la casta;
verdad que su nombre basta,
pues son donados y malos.*

El viejo mayoral se quitó el negro sombrero, y con un pañuelo de hierbas recogió las gotitas que perlaban su frente. Sudaba como si estuviese viendo la corrida de marras.

LUIS FERNANDEZ SALCEDO

No es preciso haber profundizado mucho en Historia, sobre todo en lo que respecta a los siglos medievales, para darse cuenta de que la Fiesta taurina tiene el mismo arranque y, por lo tanto, el mismo abolengo en nuestro suelo peninsular, aunque, después, el hoy arte taurino siguiera su curso dividido en dos grandes ramas, una que sigue aquel toreo ecuestre secular, y otra el hoy tan perfeccionado toreo a pie.

Recordemos que, en los principios del siglo XI, la Península Ibérica estaba dividida

Antigüedad taurina portuguesa

en Reinos y Condados y no existía Portugal como nación. Fué Alfonso VI, rey de Castilla y León, quien unió bajo su cetro, en 1073, muchos de esos Condados y conquistó también Lisboa y Santarém.

El nieto de aquel rey de Castilla, Alfonso Henriques, fué quien, después de ganar la batalla de Ourique contra los reyes moros, a su regreso, se sublevó contra su madre, y, amparado por los nobles y el Clero, a los dieciocho años se proclamó en Guimaraes (la ciudad fundada por la condesa galaiega Mumadona), en 1139, rey de Portugal.

En 1142 se formalizó en Zamora la paz de Arcos de Valdevez. Ya hablamos, en estas mismas columnas de EL RUEDO, de la ciudad de Guimaraes, cuyo éxito, al construir una Plaza de Toros en cinco días, le dió, aparte del prestigio que como cuna de la nación tenía, la de escribir en las páginas históricas del Toreo un hecho original. Destruída por un incendio —al parecer, intencionado— en las vísperas de las festividades de su Patrón, San Gualter, y para no quedar sin corridas en esos días, reaccionó de forma magnífica ante la desgracia. «Gran ejemplo de ciudad, abnegación y amor a la Patria chica (bairrismo lo llaman a esto los portugueses) y taurofilia».

Volviendo de nuevo a la época medieval, sabemos que la ocupación primordial de aquellos reyes, príncipes, condes, gentiles-hombres y vasallos era la guerra. Cuando la paz, siempre transitoria, reinaba entre ellos, la caza de animales feroces, los torneos y justas eran el motivo de su constante entretenimiento.

Nos describe el gran escritor e historiador portugués Alejandro Herculano un torneo de la ciudad de Guimaraes, poco después de que Alfonso VI cambiara la espada de guerrero y el cetro de rey por la mortaja, y once años antes de ser proclamado Portugal como Nación, en el cual entraron en liza caballeros leoneses, castellanos, navarros, aragoneses y lusitanos.

Esto nos hace recordar que aquellos caballeros castellanos, navarros y aragoneses luchaban lo mismo bajo el escudo y la bandera del rey de aquí, como «fichaban», al igual que cualquier futbolista moderno, para el de allá, por lo que es lógico y natural que muchos de los guerreros que tenía a sus órdenes el primer rey portugués Alfonso Henriques fueran castellanos, leoneses, navarros y aragoneses.

La destreza en alancear toros fué quedando como un motivo para fiestas de los dos países: Portugal y Castilla. La aristocracia justificaba las fiestas belicosas como ejercicio para las conquistas del Viejo y Nuevo Continente, dándoles la pomposidad y aparato de acontecimiento nacional, en las que no olvidaban el lujo magnífico y la riqueza deslumbrante.

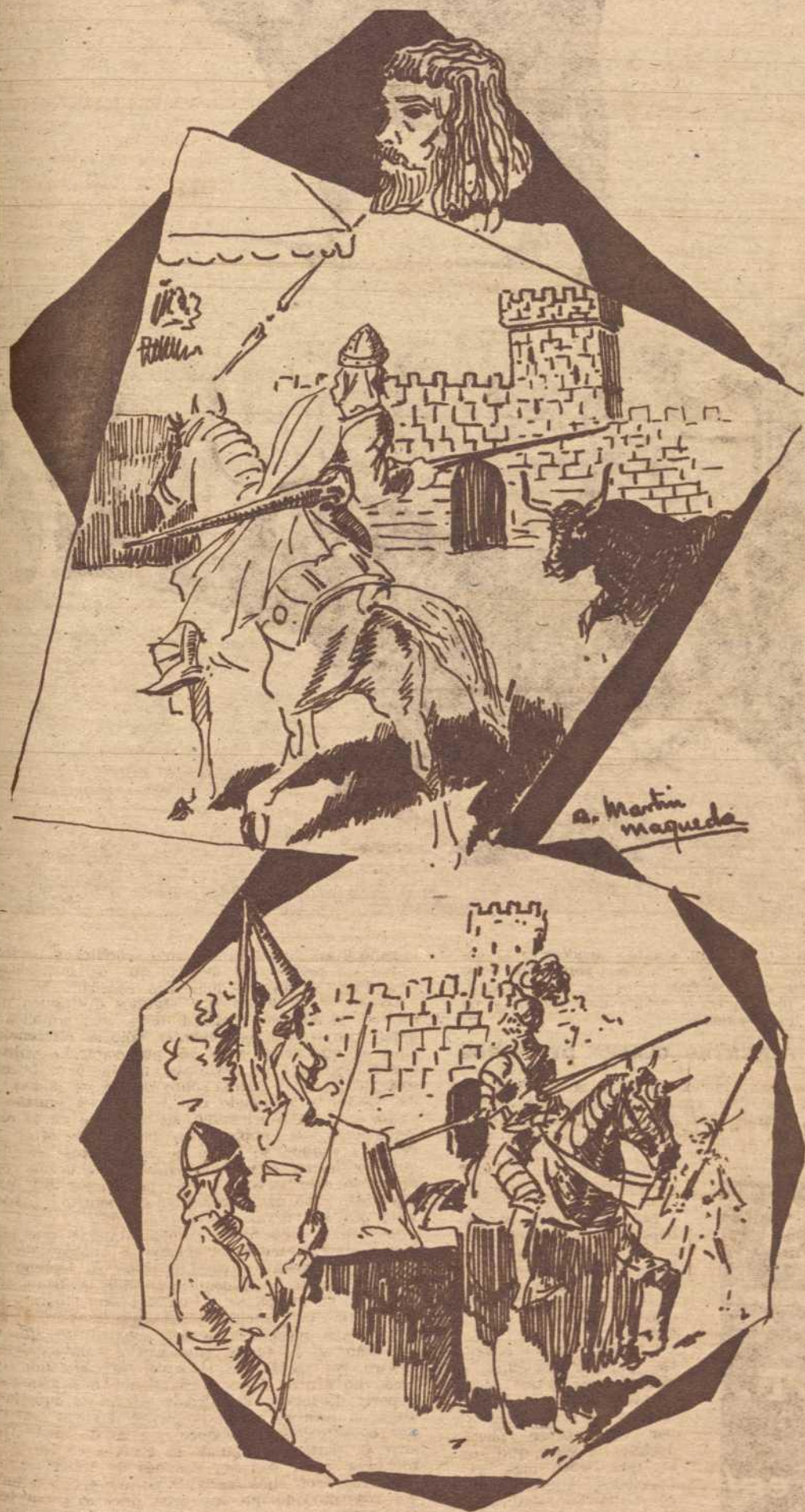
Los portugueses, más tradicionalistas, han conservado el culto por el toreo ecuestre, dejando muchos motivos de las corridas que se celebraban en la Plaza Mayor de Madrid, en los que desfilaban, además de los ocho o diez equipos de los caballeros que tomaban parte en las justas y juegos de cañas, el del rey, por si éste se decidía a tomar parte en la lidia de los toros. Este conjunto estaba constituido por el trompeta mayor de palacio, el zaguanete de la guardia tudésca, los trompetas y clarines, con los escudos reales, los caballerizos, los palafreneros y los lacayos, todos con libreas flamantemente bordadas.

Algunos, como don Duarte de Portugal, cuando tomó parte en las Fiestas Reales en 1623, que se celebraron por la visita del entonces príncipe de Gales, Carlos Stuart, hijo del rey Jacobo I de Inglaterra, presentó en los paños de sus trompeteros los escudos de armas de España y Portugal. Treinta caballos de combate y doce de respeto, además de veinte criados vestidos a la turca, que transportaban sus rejonés y manojos de cañas, participaron en la fiesta. Hoy, en las «cortezias» de las corridas a la antigua usanza portuguesa, aun salen, como en las fiestas que se celebraban en la Plaza Mayor, la mula con los rejonés de las farpas adornados con gualdrapas, con la diferencia de que, en vez de ser llevada por los lacayos, que no tomaban parte en la lidia, lo es por los forzados.

Sin embargo, siempre se siguió llevando a los rejoneadores, o «cavaleiros», en los antiguos coches reales. Detrás van también los trompetas, que aquí se llaman «araucos» o heraldos —esta es su traducción literal—, y los mozos con los caballos de combate, palafreneros, pajes, «carecas» y «pagaños».

Claro que el toreo ecuestre actual portugués se diferencia mucho, no sólo del de aquella época, sino hasta del que ejecutaban los famosos «cavaleiros» José Bento de Araujo, Alfredo Tinoco, José y Manuel Casimiro de Almeida, Victorino Froes y tantos otros del primer cuarto del siglo presente.

A. MARTIN MAQUEDA



El toro de lidia en la "Tauromaquia" de MONTES



(Continuación)

DE LOS TRES ESTADOS QUE TIENEN LOS TOROS EN LA PLAZA

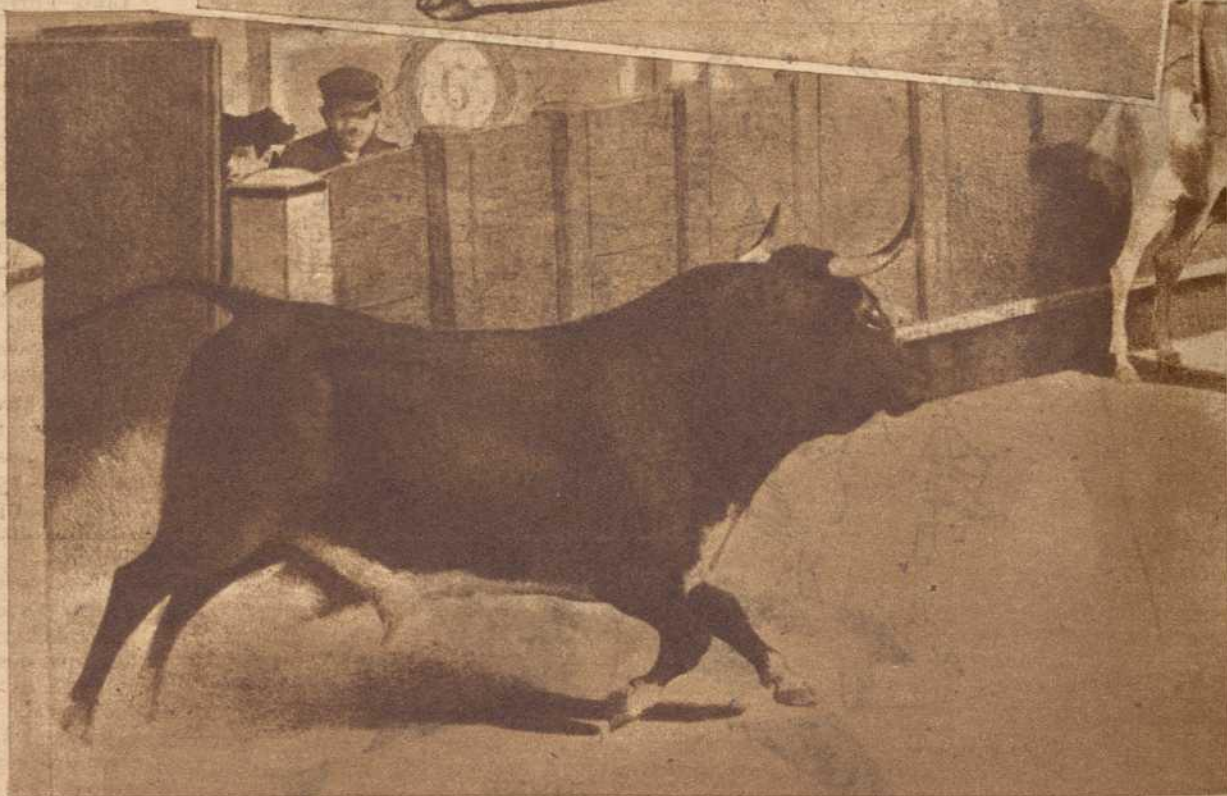
LOS toros tienen en la Plaza tres estados bien diferentes, y que importa mucho conocer, pues cada uno tiene suertes peculiares o que no podrían hacerse en otro estado sin evidente riesgo, y que hechas en el que les corresponde, son seguras y luchadas. Estos estados son el de *levantados*, el de *parados* y el de *aplomados*. Haremos su correspondiente explicación, guardándonos para la de cada suerte en particular el marcar las propias de cada uno de ellos.

Se dice que está el toro *levantado* cuando acaba de salir, tiene la cabeza muy alta, hace por todos los objetos, sin fijarse por lo regular en ninguno, y anda corriendo la Plaza con gran celeridad. En este estado tiene todo el vigor en las piernas y no se le conoce ninguna especie de querencia; apenas se para en parte alguna, y, generalmente, aunque dé cogida, no se queda con el bulto, sino que prosigue su viaje. Este estado no es el que más tiempo dura, y es difícil hacerle suertes en él, porque ni aun da tiempo para armarse y ponerse delante; pero las que se llegan a hacer son muy seguras porque jamás se revuelve, de manera que con sólo tener el diestro pies para contrarrestar los muchos que tiene el toro *levantado*, rematará la suerte a su satisfacción, pues aun los toros de más intención parten, cuando están *levantados*, como el más sencillito, y es la razón que como acaban de salir del toril, donde estaban muy estrechos y cerrados, y se hallan luego en libertad, empiezan a correr buscando campo y no tienen gran codicia por el objeto; de manera que arrancan echándose fuera y con el sentido en la huida.

El segundo estado que tienen los toros en la Plaza es el de *parados*, y se conoce en que ya no corren con aquella especie de atolondramiento que tenían cuando estaban *levantados* y en que sólo hacen por los objetos que tienen a una distancia proporcionada; además, en este estado es en el que se muestran las propiedades de cada clase, y es el más a propósito para casi todas las suertes, pues conservan las piernas suficientes para rematarlas y carecen de aquel vigor con que salieron en ellas. En este segundo estado es cuando comienzan los toros a tomar las querencias casuales, que acaban de manifestarse con toda su fuerza en el estado de *aplomados*.

Este último estado es el más peligroso y el que menos divierte; se conoce en que el toro, si tomó querencia en el estado anterior, en éste casi no la abandona; y en caso de no haberla tomado y no irse a las naturales, se observa en él mucha parsimonia, hace poco por los objetos que tiene a regular distancia y nada por los que están lejos; le faltan las piernas, a veces del todo, y evita las suertes del modo que puede, ya saltándose de ellas, ya tapándose.

Estos tres estados no son iguales en todos los toros, y a veces son tan poco manifestos que es muy difícil distinguirlos; sin embargo, existen y es importante su conocimiento, pues no marcan el momento



de ejecutar esta o la otra suerte, atendiendo al estado en que está el toro y a su clase particular. Debo también advertir que muchas veces los toros conservan todas sus piernas en el estado de *parados*, y en algunas en el de *aplomados*.

DE LAS DIFERENTES CLASES DE TOROS

Los toros no son tan exactamente iguales que no pueda hacerse de ellos varias clases, asignándose a cada una su carácter distinto, cuyo conocimiento es indispensable para la ejecución de las suertes, que, como veremos más adelante, no pueden hacerse con todas las clases de toros.

Los divido, pues, en *boyantes*, *revoltosos*, que sé ciñen, que ganan terreno, de sentido y abantos. Vamos a ver el carácter particular de cada uno de los ramos de la división.

Se llaman toros *boyantes*, *francos*, *sencillos*, o *claros*, aquellos que siendo muy bravos, conservan la sencillez propia suya y, por consiguiente, puede decirse de ellos que son los que tienen más pronunciadas las inclinaciones con que la Naturaleza marcó su especie. Estos toros son los más a propósito para todas las suertes, van siempre por su terreno, siguen bien el

engaño y las rematan con tanta sencillez y perfección, y tan sin peligro del diestro, que parecen, más que una fiera, un animal doméstico enseñado por él.

Los toros *revoltosos*, que algunos distinguen de los *celosos*, siendo en realidad unos, son aquellos que, iguales en todo a los *boyantes*, sólo se diferencian de ellos en que tienen más celo por coger los objetos, y por consiguiente se revuelven mucho para buscarlos, sosteniéndose con fuerza sobre las manos en toda clase de suertes y siguiendo con la vista el engaño o el bulto, que, sin saber cómo, se les huyó de la cabeza. Estos toros son también muy buenos de torear como veremos cuando se hable de las suertes; siendo las que se hacen con ellos tanto más luchadas cuanto muestran más bravura y celo por los objetos que los *boyantes*, y no dan lugar, como aquéllos, a perder de vista que son fieras.

Se llaman toros que se ciñen aquellos que aunque toman cumplidamente el engaño se acercan mucho al cuerpo del diestro y casi le pisan su terreno. Estos toros deben torear con algún más cuidado, principalmente en los pases de muleta; sin embargo, tienen sus suertes muy lucidas y seguras.

Los toros que *ganan terreno* son aquellos que cuando están en la suerte empiezan a caminar hacia el diestro, ya cortándole el suyo, ya siguiendo el terreno de afuera. Estos toros tienen dos géneros que importa distinguir. El primero se ve en aquellos que desde la primera suerte empiezan a ganar terreno, y, por consiguiente, se conoce que es de modo natural suyo de partir. El segundo se observa en los que empiezan a ganar terreno, después de haber hecho varias veces con ellos las suertes; estos deben torear con más cuidado que los otros, pues al ganar terreno lo hacen con malicia, en virtud de haber sido burlados de antemano; sin embargo, tienen suertes muy seguras, pero cuando se les junta el rematar en el bulto son los más difíciles de torear.

(Continuará)

ACEYTE YNGLES

MACNO

D.D.T.

D.D.T.

Parásito que toca ... muerto es!

POLVO - LIQUIDO - CREMA

★ De la suerte de banderillas ★

EL CAMBIO y el QUIEBRO

VIEJO asunto es este del cambio y el quiebro en banderillas, que ha sido llevado a las columnas de la Prensa en muchísimas ocasiones, sin que nunca se haya conseguido poner de acuerdo a los aficionados que constituyen esa heterogénea masa, influenciada por toreros y escritores, ni a los propios críticos taurinos, que han sostenido disparidad de criterios.

Como en este mundo cada uno tiene su parte flaca, a mí me ha correspondido la de tomarme a pecho lo de "el cambio" y "el quiebro", y, a pesar de los años que han pasado en que tuve mis "broncas", léves por cierto, entre toreros y aficionados, continuo fiel a mi criterio, y cuando suelo leer en algún periódico: "Fulano puso un par al cambio", no puedo menos de exclamar:

—¡Qué lástima!... ¡Con lo bien que escribe de toros!

Y todavía se da el caso de leerse indis-

linatamente ambas denominaciones referidas al mismo par de banderillas.

En esa diversidad de opiniones entre cambistas y quiebristas, se da también el caso de que mientras los últimos exponen razones de peso para sostener la denominación, los primeros no han tratado de justificar el fundamento de llamar par al cambio.

Remontémonos a la época de Antonio Carmona ("el Gordito"), que fué el inventor de la suerte que nos ocupa. Decía Sánchez de Neira en su obra "El Toreo" que en el año 1858 "El Gordito" practicó en Sevilla públicamente la suerte, por él inventada, de poner banderillas al quiebro o al cambio, que por lo sorprendente y por lo que tiene de arrojada y serena, entusiasmó hasta el delirio a los que la presenciaron; continúa diciendo que quiso criticarse la suerte del quiebro, sin reflexionar que la del salto al trascuerno consiste en la sorpresa, y la del cambio se ejecuta con muleta, baluarte y defensa que no tiene el quiebro, hecho a pie quieto y a cuerpo descubierto.

"Dulzuras", en su "Catecismo", se lamentaba de las veces que había llamado indebidamente cambio a lo que no puede ni debe denominarse así; pero si se estudia la suerte detenidamente, se ve que no hay cambio, y como no lo hay, no se puede decir tal cosa; para que exista cambio es preciso que se indique la salida por un lado y se dé por otro: que se cambie, en una palabra.

El quiebro, según definición exclusivamente taurina, consiste en inclinar el cuerpo muy marcadamente al lado derecho o al izquierdo, sin mover los pies, o moviendo, cuando más, uno muy poco.

"Don Quijote" fué otro escritor que insistió en deshacer la confusión y demostró que las suertes de banderillas al cambio y al quiebro no son dos suertes distintas, sino una sola, puesto que el viaje descrito por el toro es siempre el mismo, ya se mueva mucho, o poco, o nada el pie, y que en banderillas no se cambia nunca. Véanse las figuras que ilustran este artículo y comprueben de una manera gráfica la diferencia que existe entre ambas suertes.

Y, por último, don José María Cossío, en su obra "Los Toros", describe, sin lugar a dudas, la diferencia entre quiebro y cambio.

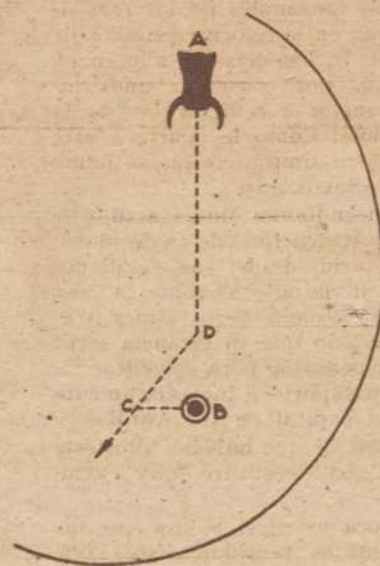
Lo que se quiebra, o se tuerce, o desvia, es el viaje recto del toro. Con un engaño, este quiebro puede convertirse en cambio completo de dirección, y el toro, que había de pasar, por ejemplo, por el lado derecho del torero, viene a pasar por el izquierdo. Ello no puede lograrse a cuerpo limpio.

En resumen: el quiebro puede hacerse en los tres tercios de la lidia, y el cambio, solamente con capa o muleta. Es, pues, un solemne disparate taurino decir un par de banderillas al cambio.

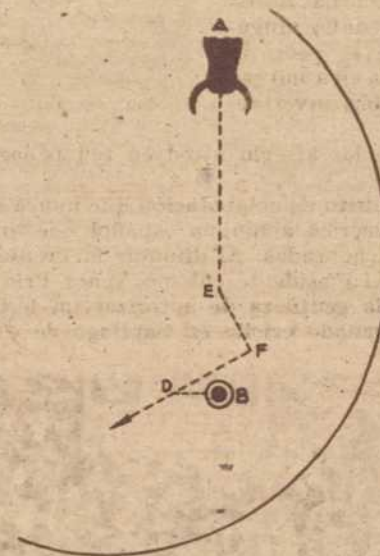
Debemos advertir que no pretendemos inventar nada, ni mucho menos, y si vulgarizar entre los aficionados de nuevo ingreso la discrepancia que ha existido entre esas dos suertes del toreo. De la misma manera, aunque con más brillantez, se han publicado en estas páginas por veteranos maestros de la crítica otras discrepancias entre diversas suertes de capa y muleta.

Pero todavía podemos decir algo más del desacuerdo entre los escritores taurinos sobre la ejecución del quiebro a cuerpo limpio, refiriéndose a sacar o no el pie.

Decía Díaz de Quijano ("Don Quijote"), que sin mover un pie está demostrado que es imposible ejecutar la suerte; ese quiebro solamente de cintura no ha existido más que en la imagina-



QUIEBRO: AD, dirección en que se arranca el toro hasta que el diestro B, marca con el pie la salida hacia C, quebrando entonces el toro el viaje en dirección DC.



CAMBIO CON CAPA O MULETA: AE, arrancada o viaje del toro; BF, primera salida que marca el diestro B; EF, primer quiebro en el viaje del toro siguiendo esa salida; FD, cambio en el viaje del toro al darle la salida definitiva BD.

LUNES

La política internacional

MARTES

La vida española

MIÉRCOLES

Los sucesos del mundo

JUEVES

Los deportes al día

VIERNES

La actualidad teatral

SABADO

El cine al menudeo

DOMINGO

Los toros desde la barrera

TODO

LO QUE PASA EN LA SEMANA EN



El más completo resumen de la actualidad

LOS MARTES, en los quioscos

12 GRANDES PAGINAS!

50 CENTIMOS

ción de algún aficionado, que todo lo vieron en tiempos de "Cúchares"... Poquisimo, poco o mucho, siempre se ha de dar la salida con el pie.

"Dulzuras" sostenía su criterio afirmando que llevaba treinta y seis años de aficionado y había visto al "Gordito", "Lagartijo", "Cara-Ancha", "Quinito" y Fuentes, entre los distinguidos, y todos sacaban un pie fuera para volverlo a su sitio.

Y para muestra, basta con estos dos escritores en contra de la opinión generalizada de la posible ejecución del quiebro de cintura.

Nosotros, ni lo afirmamos ni lo negamos; solamente podemos decir que no lo hemos visto nunca en nuestra ya larga vida de aficionado.

GARCIA CANTALEJO

QUE hacen los subalternos durante el invierno? A unos cuantos les sorprende la nueva temporada platicando tras los ventanales de los escasos cafés que restan en la reformadísima calle de Alcalá. Otros, los más, se afanan en diversos oficios por conseguir unos ingresos que vengan a reforzar los de la pasada campaña. Como le ocurre a este hombre de rostro simpático que se llama José Gómez («Sevillano»).

Mientras encendíamos un cigarrillo, le pregunté la justificación de su desplazamiento a Madrid desde sus sevillanos «cuarteles de invierno». Y como la cosa más natural del mundo, Pepe Gómez («Sevillano») me refirió que su estancia sería breve, lo indispensable para solventar incidencias de pasaporte e inmediatamente partir para la capital de las Antillas.

—Nada sabía de que hubiera toros este invierno en Cuba—aventuré muy extrañado.

—Se equivoca usted si piensa que me llevan allí asuntos taurinos. Este viaje lo hago como promotor de funciones de gallos de pelea. Volvire en primavera. Torearé algunas corridas que tengo comprometidas y me retiraré del toreo.

—Entre los riesgos que se corren en una u otra profesión, la elección no puede ser más juiciosa.

—No juzgue tan a la ligera, pues también las galleras tienen sus riesgos. En el viaje anterior tuve la fatalidad de que la peste aviar se cebara con la totalidad de los gallos que llevaba embarcados en el «Marqués de Comillas». Al desembarcar en La Habana no me quedaba ninguno, y lo que es peor, ni una sola de las cien mil pesetas que había invertido en el negocio.

—¿Cómo se las arregló usted en tan peliagudo trance?

—Por el espíritu de colaboración que nunca se le regatea en América a ningún español que arribe allí con miras honradas. Al difundir la Prensa mi mala suerte, el Presidente cubano, señor Prío Socarrás, tuvo la gentileza de autorizar un festival taurino con ganado criollo en Santiago de Cuba.



José Gómez («Sevillano») (Dibujo de Enrique Segura)

La pequeña historia de los banderilleros actuales

El «Sevillano», promotor en Cuba de riñas de gallos

«El Presidente Prío Socarrás simpatiza con lo taurino y con todo lo netamente español

Con los ingresos pude rehacerme en parte y obtener un pasaje de vuelta para España.

—¿Existe suficiente afición taurina en Cuba?

—Aumentada cada día que pasa por el tiempo que ha transcurrido desde que se dieron las últimas corridas de toros. Ahora el momento es propicio por las simpatías que hacia todo lo netamente español siente y difunde el primer magistrado de la nación. Como detalle de su taurinismo, puedo darle este dato: No hay corrida que se celebre en Veracruz sin que Prío Socarrás y su subsecretario de Educación, don Manuel Rivero Setién, dejen de trasladarse en avión para presenciarla. Y para más señas, ambos son «pepeluistas» furibundos.

—Donde menos se piensa surge un inteligente en toros, amigo «Sevillano»; y ahora, ciñendonos un poco más a su historial de lidiador, ¿quiere hablarme de su iniciación taurómaca?

—Con mucho gusto. Nací en el barrio de la Macarena el 25 de agosto de 1910. A los nueve años vendía vino con un borriquillo en la puerta de la Maestranza.

—Y el contagio no se hizo esperar...

—Así fué, sí, señor. Un día vi sacar a hombros a «Maera» y «Valencia II», rodeados de una multitud de entusiastas. Y yo, enardecido por lo que no había presenciado, les seguí, abandonando el burro y la mercancía.

—¿Fué rápido su aprendizaje?

—No pudo ser más. Previa colocación de quinientas entradas que se encargó de vender el conserje del casinillo «La Fiambrera», erigido en «descubridor» mío, maté un becerro en «La Pañoleta». Tan airado salí de la prueba, que desde aquel día toreé varias corridas en el mismo ruedo por cuenta de su Empresa, y siempre en calidad de contrincante de «Gitanillo de Camas».

—De aquí saldría su decisión para empresas mayores.

—Por lo pronto, me abrieron el 16 de agosto de 1929 las puertas de la Maestranza, en un festival sin picadores, cortándole orejas a mi novillo y al que hube de matar por cogida de Pavón, hoy mozo de estoques de Manolo González. Al domingo siguiente, me repetía Salgueiro, esta vez con caballos y ganado de Pérez de la Concha. Fué una novillada para hombres, y tanto Pepe Gallardo y Braugeli como yo sudamos lo nuestro.

—¿Cuándo llegó usted a Madrid?

—Rondé por sus alrededores sin llegar a pisar su ruedo como novillero. Dominiquín, que me había visto torear en los prados salmantinos, me dió varias corridas en septiembre de 1934. En unión de Solórzano y Cirujeda toreé tres seguidas en Tetuán, saliendo a hombros en todas. Toreé la primera del año siguiente con Cirujeda y «Niño de la Estrella»; pero mi actuación—desentrenado y sin sitio—hizo esfumarse el prestigio adquirido.

—¿Y luego?

—Después vino la guerra civil y mi aparición en Córdoba, donde hice amistad con un torero al que todos llamaban «chalao» y nadie tomaba en serio. Se anunció una corrida a beneficio de los hospitales, abriendo yo plaza para matar un sobrero de Natera y seis novillos de Concha y Sierra para Cester, Calderón y «Manolete», el torero «chalao». Y, lo que son las cosas, como yo quedara bien con el de Natera, mi amigo, que sabía mis intenciones de abandonar la muleta, se dedicó a intentar disuadirme, pues, según él, «¡Vamos a hacer mucho ruido!».

—No se equivocó el malogrado Manolo.

—En lo que a él le aguardaba se quedó corto. En cambio, yo comencé a pasar de puntillas por el toreo. En mi nueva fase surgi el 39 como peón de Manolo Martín Vázquez. Al morir «Valencia», banderillero de «Manolete», entré a sustituirle, haciendo de tercero con David y «Cantimplas», y con ellos toreé 67 corridas.

Como no me encontrara lo debidamente «puesto», voluntariamente abandoné a Manolo para irme con Miguel del Pino. Hice

dos temporadas con Belmonte, al lado de «Pepín», «Andaluz» y «Gitanillo de Triana» para acabar en Méjico, en la plantilla de Manuel Rodríguez. Como subalterno de «Gitanillo», me cupo la desgracia de presenciar la tragedia de Linares. Hice el firme propósito de irme de los toros, decisión que estoy dispuesto a seguir, a poco que la suerte me acompañe en este viaje.

F. MENDÓ



Un par de banderillas del «Sevillano»



«Sevillano» con sus dos hijos, uno ahijado de «Manolete» y otro de «Gitanillo de Triana»

Novilladas

En Valencia se celebró el domingo un homenaje a «Litri», que alternó con Ordóñez y Enrique Vera. La entrada fue buena, sin llegar al lleno. Se lidiaron novillos de Hidalgo Hermanos. Ordóñez escuchó palmas en sus dos faenas y cortó oreja en la lidia de un sobrero. «Litri» fue también ovacionado en ambos novillos. Vera cortó oreja en su primero y escuchó aplausos en el otro. Ordóñez y Vera brindaron la muerte de sus primeros novillos a «Litri». Este fue obsequiado por la noche con un banquete.

La temporada en Lima

Cinco mil soles de multa tendrá que pagar, o habrá pagado ya, Raúl Ochoa («Rovira»), por haber agredido a Luis Miguel Dominguín en plena Plaza del Ache. El diestro sancionado ha publicado una carta abierta en la Prensa, diciendo que «no comprende» lo ocurrido.

En la tercera corrida de la temporada limeña celebrada el domingo, se lidiaron reses de Viña, que dieron buen juego por su bravura. Antonio Bienvenida, que debutaba, fue ovacionado en su toreo de capa y de muleta. En el primero no tuvo suerte con el estoque, pero fue aplaudido. En el cuarto cortó la oreja y oyó grandes ovaciones. Pepe Dominguín cortó las dos orejas a cada uno de sus toros. Con las banderillas tuvo también un gran éxito. Tanto, que hubo de dar la vuelta al ruedo. Luis Miguel tuvo una gran tarde. En su primero escuchó ovaciones y dió la vuelta al ruedo. En el toro que cerró Plaza hizo una faena memorable, que fue premiada con orejas y rabo. Luis Miguel fue, además, paseado en triunfo.

La temporada en México

Con ganado de La Laguna se celebró en la ciudad de México una novillada, en la que alternaron Paco Ortiz y Juan Silvetti. Ambos estuvieron bien. Ortiz fue cogido en la faena de muleta de su tercer enemigo.

En Tampico se corrieron toros de Santo Domingo. Alternaron «El Soldado», Procuna y Rafael Rodríguez. «El Soldado» estuvo muy bien; Procuna cortó la creia a su primero, limitándose a salir del paso en su segundo; Rodríguez cortó también orejas en su primero, siendo ovacionado en el que cerró Plaza. El banderillero, Angel Procuna resultó cogido.

El día 6 hubo novillada, también, en el ruedo de «El Toreo», de México. Se lidiaron reses de Santa Marta y Arroyo Seco. Ortiz cortó las dos orejas a su primero. En su segundo también cortó oreja. En el que mató en sustitución de Arturo Romero, que fue cogido, escuchó una gran ovación. Rafael Castillo estuvo bien en los tres novillos que mató.

En Aguascalientes se lidió ganado de Peñuelas para Luis Briones, Jesús Córdoba y «Capetillo». Estos dos últimos cortaron orejas. Briones estuvo bien.

La temporada en Ecuador

En Quito torearon Silverio Pérez y Félix Rodríguez. Se lidiaron toros de Pedregal Tambo. Silverio cortó las dos orejas de uno de sus toros. En los otros dos estuvo bien. Félix Rodríguez fue ovacionado. Silverio Pérez ganó la oreja de oro.

Noticias varias

Domingo González, hermano del diestro Luis Miguel Dominguín, ha dirigido una carta a los periódicos, agradeciendo los innumerables mensajes de simpatía recibidos de toreros, peñas taurinas, artistas, aficionados, etc., con ocasión del lamentable incidente de Lima.

POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Silverio Pérez ganó la oreja de oro en Quito.--Se celebró la tercera corrida de la temporada en Lima



Como final de temporada, amigos y compañeros del picador «Parrita», tío del matador de toros, le obsequiaron con una comida en un popular restaurante madrileño.

(Foto Cano)

Concurrentes a la Misa celebrada en Valencia ante la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, por la Peña «Litri», como parte de los actos celebrados en homenaje al novillero de Gandía (Foto Vidal)



—Jaime Marco («el Choni») salió en avión para América. Antes de subir al aparato ha dicho que no volverá a vestir el traje de luces en España.

—Silverio Pérez, el torero azteca, llegará a Madrid en breve. Viene a presenciar el encuentro de fútbol entre la selección mexicana y el equipo del Madrid.

—Carlos Arruza ha declarado en Sevilla que, a pesar de la tentadora oferta recibida, no volverá a torear.

—En el Club Taurino de Valencia, don Angel Alvarez Ponce de León y profesor veterinario don Saturnino Vázquez, disertaron sobre la vida del toro en la marisma y el caballo de toros.

—En San Fernando se organiza un homenaje al matador Rafael Ortega.

—Pepín Martín Vázquez ha nombrado apoderado suyo a su hermano Manolo, que le acompañará en su viaje a América, caso de que Pepín llegue a un acuerdo con las Empresas de «allá».

—Con una nutrida y selecta concurrencia, entre la que se veía a muchas señoras, se celebró el pasado sábado en el Centro de Instrucción Comercial la segunda conferencia del ciclo organizado por el Club Taurino Madrileño.

Hizo uso de la palabra don Luis Bollain, inteligente y enterado aficionado a nuestra Fiesta, que alterna, con su profesión de abogado, su gran cariño a la Fiesta de toros. Después de hacer un preámbulo justificando su conferencia, analizó las formas y terrenos del toreo actual, intercalando varias anécdotas para demostrar sus afirmaciones, y explicó las calidades y peligros de la lidia, según se cite de cerca o de lejos. Se extendió en consideraciones sobre el toreo de muleta, según la manera de embestir de los toros, y después de dedicar un recuerdo a Belmonte, Márquez y «Curro Puya», terminó afirmando que le da menos es que se cite de frente o de perfil: lo malo es que se cite sin distancia.

Fue interrumpido varias veces por los aplausos durante su disertación, y al final de ella recibió una cariñosa ovación.

La presentación del orador la hizo su hermano, don Adolfo, que agradó por su forma de hacer aquélla y por su habitual gracejo y simpatía.

—El próximo sábado, día 19, a las once de la noche, en el mismo local, don Mariano Sánchez de Palacios, crítico de arte, explicará su conferencia, titulada: «Goya, pintor taurino».

Hará su presentación el director de EL RUEDO, don Manuel Casanova.

—El domingo pasado, por la noche, en el restau-

rante de los Jardines del Real, en Valencia, se celebró una cena como homenaje a «Litri», a la que asistieron empresarios, toreros, numerosos aficionados y periodistas de Madrid, Sevilla y Valencia. En la mesa presidencial tomaron asiento, junto al homenajeado, el señor Suárez, en representación del alcalde de la ciudad; el matador de toros Manolo González, los novilleros Antonio Ordóñez y Enrique Vera, los empresarios señores Puchades y Balañá y el apoderado señor Fernández.

Hicieron uso de la palabra el señor Suárez y el señor Vila, y al final, «Litri» dió las gracias a todos por el homenaje que se le había tributado.

Después de la cena se trasladaron al teatro Principal, en donde Lola Flores y Manolo Caracol cantaron en honor del homenajeado.

Las verjas de separación en los tendidos 4 y 7

Un aficionado madrileño nos envía una carta en la que pide que se hagan desaparecer las verjas que separan los tendidos 4 y 7 del resto de la Plaza, que sobre no tener fin práctico alguno, ya que todas las localidades están numeradas, sólo sirven para dificultar la visión de los espectadores que ocupan determinadas localidades de dichos tendidos. Traslamos el fundado ruego a la Empresa.

OCASIÓN

Sin gran inversión de capital puede obtener magníficos ingresos.

Escribir a «A. R.» Apartado 1.125 BILBAO

MUY EN BREVE:

Extraordinario de «EL RUEDO»

La mejor revista taurina. Con el resumen del segundo semestre de la temporada

ANDRES Martínez de León ha expuesto recientemente sus cuadros al óleo en un salón de Exposiciones de Madrid. Ello pone de manifiesto, una vez más, la actualidad constante del tema taurino en la pintura, que no sólo no decrece, sino que se acrecienta e intensifica con el tiempo. En verdad que sentíamos el deseo de admirar de nuevo esta segunda y definitiva modalidad artística del siempre, además, meritisimo dibujante, para el que no hace falta ni el precisa de presentación. La labor, ya antigua, de Martínez de León es bien conocida del público para señalar su descubrimiento; pero, eso sí, al estudiar su historia artística del pasado y del presente habrá que definirle y catalogarle en sus dos aspectos creativos. De un lado, el dibujante de finos trazos, de una perfecta y personalísima escuela ensamblada en el más delicado concepto dibujístico, y de otro, en esa faceta del color, que ha sido la natural resultante de su primitiva dedicación. Lo

hemos dicho muchas veces y no nos cansaremos de repetirlo. Para saber pintar hay que dominar y estar en el secreto de la disciplina del dibujo. No será pintor quien no sepa previamente dibujar. Martínez de León, convencido del logro de su tarea preliminar, y cuando ya había rebasado la línea precisa para que el dibujante cuajara en el pintor, nos ofreció sus primeros lienzos, en los que pudimos comprobar que había nacido para algo más que para el manejo del lápiz, del agua fuerte o de la tinta china. Entonces, sólo entonces, cogieron sus dedos los pinceles, descubriéndonos el doble artista que llevaba dentro. Ya en su día fijamos nuestra posición y criterio ante sus cuadros, y ahora, más maduro en su arte, más compenetrado con su profesionalidad, ha querido ofrecernos, en una entrega absoluta y sin reservas, las nuevas pruebas de su dualidad artística. Decir que Martínez de León no ha evolucionado de su primera a su segunda Exposición, sería tanto como negar la evidencia de lo contrario. Ahí están sus obras, que lo proclaman y testifican. Y no se crea que en su obra pictórica predomina y señala su antigua condición de dibujante. Su pintura es serena, sin influencias, sin retoques ni manoseados procedimientos. Claro está que lejanamente se vislumbra al dibujante; pero más que en la técnica o en el procedimiento, en la manera de ver el asunto. No es Martínez de León pintor de insistencias cromáticas, de detalles superfluos, del abuso reiterado de la línea. Su pincelada apenas se detiene en la tela, porque sabe, como apuntó Blanche, que una forma no resulta nunca demasiado precisa. Si parece, a veces, insistida hasta el exceso, es que la forma no es buena, o, lo que es lo mismo, que toda pintura demasiado hecha y conseguida no resuelve el problema de la emoción estética.

Tres aspectos vemos y debemos estudiar en la realización de sus cuadros: color, técnica y tema. Respecto al color, Martínez de León sabe emplearlo sin estridencias dañinas a la vista, sin un de-

«Manolete», óleo de Andrés Martínez de León, en el que han sido resueltos todos los problemas de la pintura

* El arte y los toros *

LA EXPOSICION PICTORICA DE MARTINEZ de LEON

«Agua va!», cuadro de Martínez de León, suave de tonos, que define y acusa la personalidad del artista

«Aficionados de noche», lienzo en el que Martínez de León ha resuelto el difícil problema de la luz y la sombra, en un asunto costumbrista de honda emoción plástica

masiado efectismo, y ello no quiere decir que los tonos sean débiles, empobrecidos o apagados. Hay color, en cierto modo detonante, allí donde debe de haberlo; pero se cuida muy bien de jugar con el exceso del color, que muchas veces sólo empleará para entonar convenientemente el cuadro. Si alguna vez, muy pocas, se ha empleado en demasía, no se olvide que la pintura taurina tiene sus exigencias, que no es lo mismo que la de un «interior» que obliga a los contrastes del claroscuro. Los toros son luz y color, y con el color, el dinamismo. De todas formas, nos gusta más el Martínez de León de los grises, de los tonos suaves, del ritmo pianísimo, porque se nos antoja que está en su verdadera modalidad, la que domina, va con su temperamento y con la que ha conseguido una justa nombradía.

Esa especie de neblina que preside la mayor parte de sus cuadros, significa su personalidad, su matiz característico. El sabe, no obstante, del valor de

los contrastes, la importancia de la luz y la transcendencia pictórica de las sombras. Ahí está, para demostrarlo, su cuadro «Manolete», en la que se han practicado y resuelto todas las dificultades de la pintura al aire libre. Sol y sombra en una división de tonos y matices.

Técnica. Ya hemos dicho que la pincelada de Martínez de León huye de los excesos y de las insistencias. Hay momentos en que dijérase que sólo se atreve a señalar las figuras difuminándolas en el conjunto. Figuras etéreas, pero con su debida gravedad y posición justa. Figuras que se desdibujan conscientemente en la masa. El sabe de la inutilidad de los últimos términos, y, sin prescindir de ellos para el ambiente, los deja y señala vagamente para que el espectador los vislumbre. Todo ello acusa el empleo moderado de

la pincelada que quiere, no obstante, psicológicamente, calar muy hondo. Por eso su pintura, no deja de ser imaginativa, lejos de toda sensación cromática. El pincel pasa una sola vez sobre el lienzo, consiguiendo todos los efectos.

Temática. Como en Goya, domina en Martínez de León la nota emotiva y dramática. Con los pinceles es un lírico, cuando no se acerca a la más bella poética. Sus obras acusan un sentimentalismo que define y descubre la verdad de su temperamento. El ha cantado con sus pinceles la trágica existencia del torero, las inquietudes y zozobras de los primeros momentos. Dickens y Balzac, describiendo al mismo tiempo las angustias y preocupaciones del torero. Filósofo y psicólogo a la vez, Martínez de León pasará a las antologías taurinas como el glosador pictórico de la emoción y el sentimiento.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



CONSULTORIO TAURINO



«Manolete»

465. C. M. V. — Vitoria. — Indiscreta curiosidad de muchos aficionados ha sido siempre querer enterarse de los honorarios que determinados toreros perciben, y por eso no nos extrañan las diversas preguntas que sobre tal asunto formula usted

en su carta; pero nos anticipamos a comunicarle que tal deseo, que la mayor parte de las veces es un vicio, nos ya parecido siempre estéril e inútil, y por eso no hemos pretendido nunca inquirir noticias sobre el particular.

Lo que sí podemos decirle es que hoy no existe un precio tipo, como ocurría antaño, porque el que se establece depende de diversas circunstancias que hacen muy aleatoria dicha materia. Una primera figura de las actuales igual puede cobrar 100.000 ó 125.000 pesetas en una ocasión, que percibir 80.000 ó 90.000 en otra; la contrata de los toreros está sometida en nuestros días a una consideración comercial muy elástica, al predominio de muchos accidentes de tiempo, de lugar y de modo, y a otros motivos que quedan en la sombra y aumentan la complejidad de la cuestión.

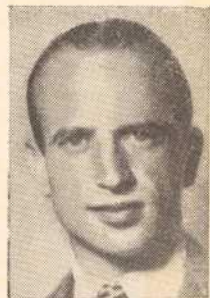
Perdone, pues, que no podamos decirle lo que cobraron Fulano, Mengano y Perengano en las ocasiones concretas que usted señala; ni lo sabemos ni intentaremos averiguarlo, tanto porque, probablemente, no declararían la verdad aquellas personas que mejor podrían informarnos, como porque tal indiscreción, preciadísima en muchos aficionados, siempre nos ha parecido lo más mezquino y débil que puede sentir un taurófilo, aunque usted disfraza la misma con la sofisticada razón del achaque histórico.

Algo parecido a esto podríamos contestar a su pregunta final. No presenciábamos las corridas de la Feria de Vitoria en 1947, y, por consiguiente, ignoramos si al infortunado «Manolete» le dieron un aviso; las únicas fuentes informativas de que podemos disponer son las de la Prensa, y las que hemos leído nada dicen sobre el particular.

466. J. M. M. — Cádiz. — Su deseo de conocer detalladamente las corridas de toros y novilladas celebradas en el Puerto de Santa María desde el año 1940 hasta el 8 de agosto del corriente, constituye una película de largo metraje; pero la vamos a proyectar de una vez, para quedar desocupados de tal atención. Oído al parche:

Corridas. — Año 1940: El 1 de septiembre, «Chicuelo», Vicente Barrera y Paco Casado, toros de Villamarta. En 1941 no se celebró corrida alguna. Año 1942: El 30 de agosto, «Chicue-

lo», «Manolete» y Manuel Martín Vázquez, toros de la misma ganadería. Año 1943: El 15 de agosto, «Manolete», «Andaluz» y Del Pino, toros de doña Carmen de Federico. Año 1944: El 6 de agosto, Pepe Bienvenida, «Morenito de Talavera» y Del Pino, toros de M. Fernández; y el 27 del mismo mes, Ortega, «Manolete» y Del Pino, toros de Villabragima. Año 1945: El 25 de julio, «Carnicerito de Méjico» Mario Cabré y «Albaicín», más la rejoneadora Conchita Cintrón, toros de Isaías y Tulio Vázquez; y el 26 de agosto, Pepe Luis Vázquez, Arruza y «Parrita», más el rejoneador Simao da Veiga, toros de don Francisco Chica. Año 1946: El 2 de junio, «Armilita», «Andaluz», Del Pino y el rejoneador don Alvaro Domecq,



Alvaro Domecq

reses de Pérez de la Concha; el 25 de julio, Del Pino, Luis Briones y Pepe Dominigüín, ganado de Miura, y el 25 de agosto, Arruza, «Morenito de Talavera» y «Parrita», astados de Buendía. Año 1947: El 20 de julio, «Gitaniño de Triana» (R.), Pepe Luis Vázquez y «Parrita», astados de Bohórquez; y el 31 de agosto, Domingo Ortega, «Andaluz» y Paco Muñoz, toros de Buendía. Año 1948: El 2 de mayo, Del Pino, Paco Lara y Curro Rodríguez, reses de Prieto de la Cal; el 1 de agosto, Manuel Escudero, «El Choni» y Manuel Navarro, toros de M. González, y el 29 del mismo mes, Del Pino, Curro Rodríguez y «Venturita», toros de A. y A. Márquez. Y año 1949: El 31 de julio, Antonio Bienvenida, «El Choni» y Antonio Caro, ganado de Villamarta; y el 28 de agosto último, Pepe Luis Vázquez, Paco Muñoz y Manuel González, toros de don Alipio Pérez.

Novilladas. — Año 1940: El 4 de agosto, Paco Casado, «Yoni» y Del Pino, reses de Villamarta. Año 1941: el 6 de julio, «Yoni», Del Pino, «Andaluz» y el rejoneador Pepe Belmon-

te, ganado de Juan Belmonte; el 3 de agosto, Antonio Bienvenida, Del Pino y Rivera, reses de Villamarta, y el 31 del mismo mes, Antonio Bienvenida y Del Pino, bichos de Marzal. Año 1942: El 19 de julio, Del Pino, Paco Lara y un tal M. Vázquez, cornúpetos del conde de la Corte, y el 9 de agosto, Del Pino, Manuel Escudero y Paco Lara, reses de Belmonte y de Cubero. Año 1943: El 25 de julio, Mario Cabré, Paco Lara y «Rosálito», ganado de doña Carmen de Federico; y el 29 de agosto, Paco Lara, «Albaicín», Manuel Navarro y un «Litri» que no es el actual, morlacos de Benítez Cubero. En 1944, 1945 y 1946 no tenemos registrada novillada alguna. Año 1947: El 29 de junio, «Venturita», Manuel González

y «Cardeño», ganado de Juan Belmonte; y el 17 de agosto, «Venturita», Curro Rodríguez y el «Diamante Negro», bichos de Maraño. Año 1948: El 13 de junio, Ali Gómez, «Venturita» y «Cardeño», reses de Escobar. Y año 1949: El 8 de mayo, «Cardeño» «Litri» y «Chiclanero», bicornes de Pérez Centurión; y el 17 de julio, «Cardeño», Aparicio y «Litri», bichos de M. Rodríguez.

¡Ah! Conste que todas estas novilladas fueron con caballos. De las que pudieran celebrarse sin ellos, si es que hubo alguna, no sabemos ni media palabra. Y ya está. Respiremos.

467. D. P. — Murcia. — Ahí va la segunda ración correspondiente a sus preguntas sobre los carteles de la Feria valenciana en diversos años. En el de 1906 se celebraron con tal motivo las siguientes corridas: Día 25 de julio, Fuentes, «Lagartijo Chico» y «Valenciano», seis toros de Miura. Día 26, Fuentes, «Bombita» (R.) y «Machaguito», seis toros de Pablo Romero. Día 29, los mismos matadores del día anterior, seis astados del du-

que de Veragua. Día 30, otra vez los mencionados Fuentes, «Bombita» y «Machaguito», con nueve toros, cinco de Anastasio Martín y cuatro de Arribas; y día 31, novillada con Agustín Dauder, «Manolete», «Relampaguito» y «Flores» y ocho reses de Anastasio Martín. Se continuará.



Antonio Fuentes

468. A. M. P. — San Sebastián. — La antigua Plaza de Toros de Pamplona se incendió el 10 de agosto de 1921; la última corrida que en ella se efectuó fué el 11 de julio del mismo año (quinta de la Feria de San Fermín), en la que Belmonte, «Varellito» y Granero estoquearon seis toros del conde de Santa Coloma; y la Plaza actual de dicha ciudad fué inaugurada el 7 de julio de 1922, lidiándose seis toros de los Herederos de Vicente Martínez, y actuaron como matadores «Saleri II», Juan Luis de la Rosa y Marcial Lalanda.

Crea usted que es algo difícil contestar a su pregunta referente a cuántos han sido los matadores de toros y de novillos que se han llamado Rafael desde Pérez de Guzmán hasta la fecha. Probablemente podríamos dar a usted datos casi exactos; pero correríamos el peligro de que se nos olvidara cualquier Rafael Pérez o López, apodado, por ejemplo, «Morenito VII de Pueblo Nuevo del Terrible», y que éste nos reclamara daños y perjuicios por la omisión.

469. P. F. — Munera (Albacete). — La placita de toros de esa localidad fué inaugurada el 22 de septiembre del año 1913, con una novillada sin caballos, en la que actuó como único matador un tal José Salvador, «Pepillo». Las reses eran de procedencia desconocida, y el diestro en cuestión brilló tan poco que su escasa luz no ha llegado a las páginas de los libros que contienen inventarios biográficos.

470. R. G. M. — Madrid. — El diestro argentino de naturaleza y peruano de adopción, apodado «Rovira», se llama Raúl Acha y Sáez.

471. F. A. — Zaragoza. — Como el trabajo de estadística publicado en las páginas de «El Ruedo», y al que usted se refiere, era de colaboración, lo mejor que puede hacer, para confrontar los datos que nos da en su carta, es dirigirse al autor del mismo, don Julio Iribarren, calle de la Fuente del Berro, 29, 2.º, Madrid. Así podrá usted salir de dudas. Creemos que es lo mejor. Escríbale y aclarará lo que le interesa.



Juan Luis de la Rosa

RECURSO INFALIBLE

En el año 1912 era el famoso actor cinematográfico Max Linder un «as» de la pantalla que disfrutaba de renombre universal, y al efectuar un viaje a Barcelona, no hay que decir que fué objeto en dicha capital catalana de la curiosidad de la gente y de muchos agasajos.

Como al presenciar una corrida de toros entrara en deseos de emular a los que entonces eran «ases» de taleguilla y montera, se organizó en la Plaza de las Arenas una becerrada, en la que, a su manera, estoqueó un becerrete dicho celebrado artista.



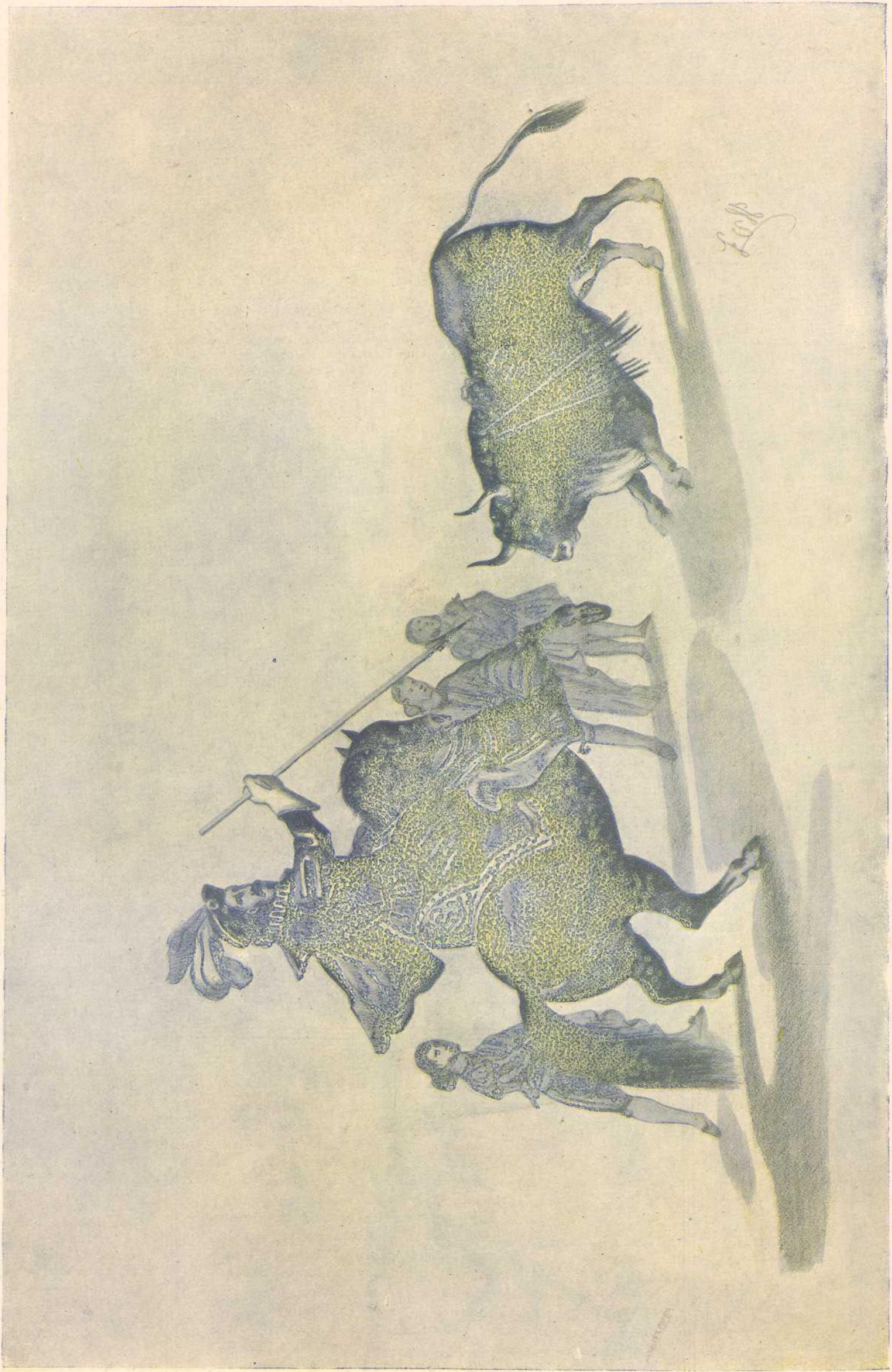
Fué instructor suyo el novillero, y después banderillero, Antonio Vargas («Negrete»), quien, al aleccionarle antes de la lidia y observar que no tenía la menor idea de los medios más elementales para defenderse, acabó por darle esta fórmula infalible con dicho fin:

—Mire usted, «mosiú»: si ve que el toro le embiste, tápese la cara con la capita, y luego, ¿para qué tenemos las piernas?



Paco Casado

«Tauromaquia», por Van-Halen, de la colección particular del señor Alcázar de Velasco



V. Van Halen. Color y Negro.

FUNCIÓN DE TOROS

Caballero en plaza

L. de la Amador